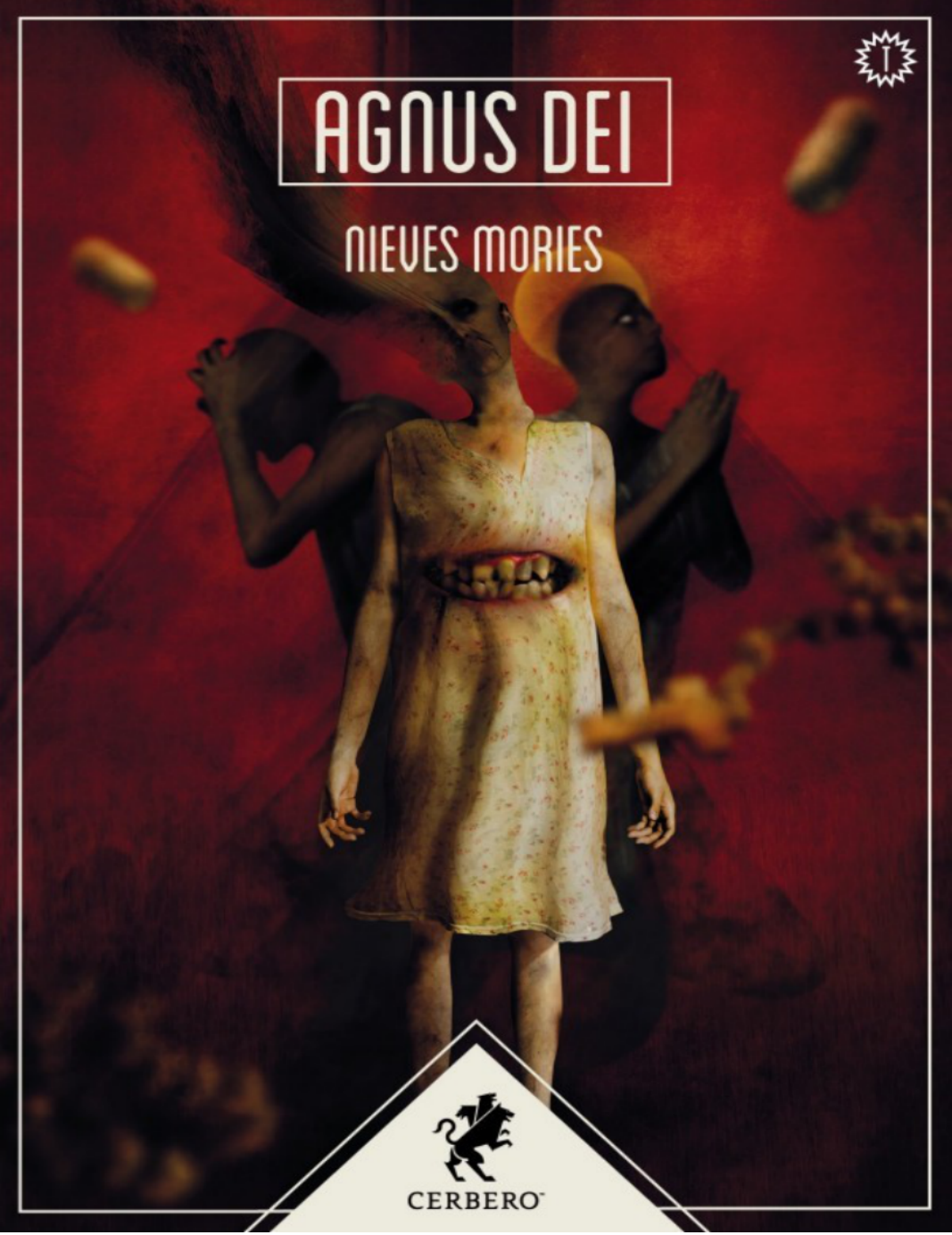
1
AGNUS DEI
NIEVES MORIES
CERBERO

Nieves Mories, (Ávila, 1978), publica su primera novela, «Nepenthe» (Literanda Narrativa), en 2013; un relato de terror asfixiante y original con el que alcanza, tras años de perfeccionamiento, una original voz propia. Desde su blog publica relatos, poemas y reflexiones, escudada en el anonimato de internet, que la ayuda a vencer su timidez casi patológica. Ha publicado en diversos medios digitales, como la revista SuperSonic, la web La Culpa es del Script y V.O.S. Revista, donde ha escrito sobre cine y series de género o la propia editorial Literanda Narrativa, con la que ha colaborado con artículos reflexivos. En 2017 publica «La chica descalza en la colina de los arándanos», en esta casa y en esta misma colección. Algunas personas han definido su estilo como «psicoprosa».

NIEVES MORIES

AGNUS DEI

· EDITORIAL ·
CERBERO™

COLECCIÓN TÍNDALOS. Nº 6

Primera edición digital: septiembre de 2018
© Nieves Mories, 2018
Ilustración de portada © Mariana Palova, 2018
Diseño © MonoVampiro, 2018
© Editorial Cerbero, 2018
www.editorialcerbero.com
Todos los derechos reservados
ISBN: 978-84-948670-1-9
Depósito legal: CA 231-2018
Impresión: Podiprint
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Esto es tuyo, Mamá. Tuyo y mío.

Te reirías si pudieras leerlo, estoy segura. Quiero creer que me esperas junto al mar, con el Tequila Sunrise en la mesa.

Ve pidiéndome uno, para el día en que podamos volver a beber juntas.

Tengo en casa a mi mamá,
pero mis mamás son dos:
en el Cielo está la Virgen,
que es también mamá de Dios.

Canción religiosa tradicional
La princesa muda

It's another tequila sunrise
Starin' slowly 'cross the sky, said goodbye...

Eagles
Tequila Sunrise

Ten en cuenta, estimado lector, que la novela que he creado muerde. No es un montón de páginas inofensivas: algunos libros deben ser manejados con cuidado y este es uno de ellos. La responsabilidad de adentrarte en él es solo tuya, como lo es también el que este cuento sórdido te haga disfrutar. Si, a pesar de todo, consigo hacerte pasar un mal rato, es que he hecho un buen trabajo, ¿no crees?

Por mi parte, soy consciente de que la novela que tienes entre manos está llena de lugares y hechos que pueden dar lugar a confusión. Es una de las licencias que nos tomamos al escribir: reflejar la realidad en un espejo cóncavo. Si bien los escenarios y algunas situaciones quizá resulten familiares para el lector más cercano, esta es una obra de ficción. Nada más. Nada menos.

Ella no fue tan horrible. Quiero pensar que yo tampoco.

Ahora, relájate. Ah, y una cosa más: no lo intentes en casa.

Nieves Mories

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis

Agnus Dei qui tollis peccata mundi, miserere nobis

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem

Nadie está preparado para proceder en ciertas situaciones.
Por muchas veces que alguien se muera a tu lado, cosa que por fortuna tampoco sucede muchas veces en los tiempos que corren, no aprendes a comportarte.

La escena transcurre más o menos así: estás sentada en una silla. Junto a ti, un cadáver en una cama, cubierto hasta la barbilla con sábanas blancas acartonadas, ribeteadas con una ancha franja en verde, azul, amarillo, qué más da, en las que apenas se distingue ya el nombre del hospital donde has venido a pasar este mal trago. El color resultante después de tantos lavados en agua hirviendo es pálido, desagradable. Huele a lavandería y a asepsia. A suero, orín y alcohol.

Hace un momento, ese cadáver era tu madre. Ahora es algo parecido a un *crash test dummie* de gelatina fría.

Hundes un dedo en el lugar en el que una vez estuvo su mejilla, donde ahora solo hay un cráter del tamaño de un albaricoque. Es suave. No hay reacción. Bajas sus párpados, aún tibios, antes de que el rigor mortis se cebe con ellos y a alguien le toque cerrarlos a la fuerza. Con unos alicates, por ejemplo, para una vez en la funeraria dejarlos pegados con cianocrilato, no se le ocurra a la difunta abrirlos en pleno velatorio y espantar a la afición. Te parece indecente dejarla mirando al techo, a saber por qué, porque los muertos no entienden de decoro. Indecente y raro. Sus ojos, lo último que se marchó, parecen de cristal. Algo que puedes sacar fácilmente con un golpecito seco y firme en la nuca. Eres capaz de imaginarlo; el mismo sonido que hace un frasco de mermelada envasada al vacío al abrirse y sus ojos verdes botando por el suelo.

Algo así como... «POP».

No deberías imaginar esas cosas sobre los ojos de tu madre muerta.

¿Trasladarán la camilla y llevarán a cabo sobre ella algún misterioso ritual en secreto o dejarán que veas cómo la meten en una funda de plástico y cierran la cremallera, para que te acuerdes de ese sonido durante el resto de tu vida cada vez que te abroches los pantalones o prepares la bolsa de viaje para un fin de semana en la playa? ¿Hay que lavar a los muertos antes de precintarlos? ¿Vaciarlos de mierda, sangre, bilis? ¿Alguien puede explicarte algo de lo que va a pasar ahora?

Ese tipo de cosas deberían ser una asignatura obligatoria en los colegios: *«Cómo actuar el día que veles a tu primer finado en soledad. Reglas de urbanismo y guía rápida de trámites. Etiqueta básica: no te rías, por favor».*

Queda un extraño silencio después del tiempo de caos que precede a la última exhalación.

Los muertos ya no se van en paz, ahora les acompaña un espectáculo de luz y sonido, de silbidos, carreras e histeria. Menuda forma de morirse, con una máquina pitando al lado, marcándote claramente el ritmo al que se te va

la vida, mientras los médicos y enfermeras graznan como una bandada de patos salvajes en un lenguaje que no entiendes pero sí comprendes. Aunque hablen de ti y de ella en tercera persona, como si no estuvierais.

Imaginas a tu madre, todavía consciente, al borde de la muerte, intentando gritarles: «¡Hola, sigo aquí! ¿Es que nadie va a comportarse con un poco de educación y decirme que todo irá bien? Ya sé que es mentira, de acuerdo, pero tengan ustedes consideración. Soy la protagonista, oigan, sin mí no hay función. ¿Me trae alguien un vaso de agua?».

Eso sería bastante propio de ella.

Entonces se la llevan. No sabes adónde.

¿Deberías seguirlos? ¿Esperar allí? ¿Marcharte a casa y que se las apañen como puedan? De todas las opciones, la tercera parece la más lógica. Por supuesto, la más apetecible. Una pena que también sea la única que no puedas ni debas poner en práctica. Quizá alguien se enfade o se tome a mal esa huida en el momento de la crisis final. Deberían entenderlo, eso sería lo más conveniente. Y lo más humano.

Que un milagroso ser de luz apareciera, te diera un par de palmaditas en el hombro y, poniendo orden en todo ese barullo, sentenciara:

—Vamos a dejar que esta chica se vaya a su casa, duerma diez horas, se dé una ducha y luego, después de un reconstituyente desayuno, empiece a responder preguntas, tomar decisiones y firmar papeles. Ahora es un despojo, ¿no veis que no vale ni para arrastrarse por el pasillo? Démosle un día de tregua. Total, su madre no se va a ir a ningún sitio.

Eso no va a pasar. Y es una pena, en serio. ¿Qué más daría, si de todos modos los muertos no tienen prisa?

No crees que a tu madre le importara. Eso también sería muy propio de ella.

Tampoco se te permite guardar silencio o, al menos, designar un portavoz autorizado. Alguien que explique, que responda, que haga todas esas llamadas de teléfono que no quieres hacer.

El ritual que sucede a la muerte es una cosa bien rara. Y bien jodida.

¿Cuándo es conveniente hablar con la compañía aseguradora? ¿Y con la funeraria? ¿Quién se encargará de las flores, del café, de los bollos, de recibir a los invitados? Es mucho más complicado que celebrar una recepción nupcial y no tienes meses para prepararlo, no; apenas te conceden unas horas.

Entonces te levantas.

En la mesilla, flotando fantasmales en un vaso de colutorio a medio llenar, están sus dientes.

Deberías llevárselos. No pueden exponerla sin los dientes. Bastante hecha polvo está ya, aunque bueno, nadie espera que un cadáver esté radiante. ¿O quizá sí? Es tu madre. No tiene sus dientes. Tienes que llevarle su dentadura, si no, no puede hablar bien, ni comer, ni...

No te preocupes. Todo el mundo tiene pensamientos muy perturbadores en momentos así.

Antes de que cruces la puerta con el vaso en la mano, a punto de hiperventilar, alguien te agarra del brazo y parte del líquido cae sobre tu calcetín, tiñéndolo de verde, porque ni siquiera te has dado cuenta de que estás sin zapatos, mojándote los dedos del pie.

—No hace falta que corras. Ya está muerta —dice la mujer en tu oído. Te llega el olor podrido y dulce de su aliento, caliente y desagradable junto a tu oreja.

Dejas de respirar. Y empiezas a correr.

Cruzas puertas pequeñas, puertas grandes. Puertas blancas. Puertas negras.

Atraviesas pasillos, habitaciones y salas de espera.

Jadeando, sin dejar de correr.

Cuando por fin te dejas caer en un ascensor, bajo la fría luz que viene de todas partes y de ninguna a la vez, con su melodía de *soft jazz* para todos los públicos envolviéndote, te echas a reír mientras miras los dientes de tu madre en un vaso. Ahí estás, aferrándote a ellos.

—Tú también estás muerta —susurras entre risas—. Tú también lo estás. Yo te maté.

Eso sí que no te lo esperabas.

Lobotomía: *Procedimiento quirúrgico que quitaba o destruía parte de la corteza frontal del cerebro para desconectar el tálamo del lóbulo frontal. El objetivo de la lobotomía era mejorar síntomas y estados psiquiátricos de agitación profunda, angustia, depresión, o compulsiones incontenibles o dolores incorregibles. Las condiciones médicas que eran tratadas con la lobotomía regularmente eran neurosis obsesiva, tensión, ansiedad y depresión, cuando eran de carácter crónico, y la esquizofrenia. El procedimiento fue popularizado en Estados Unidos por Walter Freeman, que ni siquiera era cirujano: utilizó literalmente un picahielo y un mazo de caucho en vez del procedimiento quirúrgico estándar. Freeman martilleaba el picahielo en el cráneo sobre el conducto lacrimal y lo movía hasta cortar las conexiones entre el lóbulo frontal y el resto del cerebro.*

1

La mujer era baja y robusta, una especie de ursulina seglar sin hábito ni toca, pero con cierto aroma a convento, muy compacta. Lo más llamativo de ella era su pelo cortado a tazón, como el de un niño pequeño, cabello negro y grasiento, con un curioso círculo canoso en la coronilla. Tenía los ojos pequeños («ojillos de ratón», pensó de inmediato, «pequeños y curiosos ojillos de ratón») y se movía con rapidez, con vivacidad.

También como un niño de corta edad y pocas luces.

Antes de que corriera la cortina que separaba las dos camas, la vio colocar un gran rosario de cuentas de madera en la mesilla, junto a una botella de agua que había llenado en el cuarto de baño. Después, solo una pantalla blanca entre un lado y el otro de la habitación.

Mientras pasaba las páginas del libro que fingía leer (sin ningún resultado, esos días le resultaba imposible concentrarse en nada), Isi podía oír cómo se movía sin parar. Minúsculos ruidos hechos con velocidad, murmullos constantes (*¿estás buscando tu queso, ratoncita?*). Algo molesto, sí, pero también una novedad, una estupenda novedad que rompía la rutina hospitalaria en la que llevaba inmersa... ¿cuánto? ¿Una semana? ¿Diez días?

Nueve. Después de consultar el calendario ya sabía cuánto tiempo llevaba allí metida. Nueve magníficos, estupendos, cojonudos días sin salir de un hospital; comiendo, duchándose, durmiendo sin descansar allí. Pudriéndose allí. No viendo la luz del sol más que cuando bajaba a fumar al pequeño parque anejo, dilatando los siete minutos que tardaba en apurar un cigarro hasta convertirlos en veinte o en treinta a veces. No era la única; desde el tercer día reconocía algunas caras y nombres de los que se reunían en el arenal vacío entre el edificio principal y el destinado a las lavanderías y salas de rehabilitación. Sin dirigirse la palabra, caminaban en círculos como presos en el patio de una prisión, se acercaban a la máquina de bebidas a por un avituallamiento que probablemente acabaría entero en la papelera y vuelta a empezar. Un cigarro más antes de subir, unos pasos más. Una vuelta más después de apagarlo y subir al ascensor.

Nueve días. Queriendo marcharse desde antes de llegar. Deseando no haber tenido nunca la genial idea de poner un pie allí.

No sonaba muy bien, desde luego. De eso era consciente.

Querida mamá, me parece que no ha sido una buena idea esto de venir a acompañarte en las que, espero, sean tus últimas horas.

Así que la aparición en escena de la silenciosa paciente y la Ratoncita Hacendosa tampoco estaba tan mal. Alguien nuevo a quien odiar si roncaba, si encendía la luz a deshora o se empeñaba en que ellas la apagaran. Si ocupaban el baño, si se movían, si respiraban.

Mamá abrió los ojos.

—¿Quién es? —preguntó con un hilo de voz, parecido al de un adicto a la heroína rumbo a Venus.

«La Parca, que por fin se ha dignado a aparecer», quiso contestar, pero se contuvo. Bastante jodida estaba ya su máscara de hija atenta y resignada; si dejaba que una sola pieza cayera, el resto iría detrás, en un alud de veneno y rencor. Y no quería que eso sucediera. Respiró por la nariz, reteniendo el aire; uno, dos, tres, cuatro y cinco, y volvemos a empezar. *Cógelo, cuenta, retenlo dentro, sigue contando, ahora fuera con él. No dejes que lo vea, no dejes que te afecte. Inspira, cuenta, espira. Muy bien, lo estás haciendo muy bien.*

Isi se encogió de hombros. Nunca había sido muy habladora, pero en esos días tenía la sensación de estar perdiendo por completo la capacidad de comunicarse con coherencia. Todas esas jornadas en el hospital le habían dejado los labios entumecidos, las cuerdas vocales anestesiadas. El transcurrir de las horas, tan lento y pesado, había hecho mella en sus ganas de hacer nada que no fuera respirar o huir a fumar. Y, para ser sinceros, de lo que menos ganas tenía era de hablar con ella, de tener más comunicación con Mamá de la estrictamente necesaria.

—No sé. Mujeres. Qué más da. ¿Quieres algo? —*¿Un poco de morfina de más? ¿Que te hunda la cabeza en el colchón con la almohada hasta que salga por el otro lado? ¿Que te empuje por la ventana?*

Mamá se incorporó como pudo, apoyándose en sus brazos secos y frágiles como patas de una cigüeña, y le hizo un gesto para que elevara la parte superior de la cama.

—Los dientes.

De todas las tareas repugnantes que había acometido esos nueve días en los que no quería pensar demasiado, el tema de los dientes era el peor con diferencia.

A Mamá le gustaba dejar flotar su dentadura parcial en un vaso junto a ella, mitad agua, mitad colutorio verde espacial. Cuando se la quitaba, pasaba de ser una enferma flaca en mitad de una multitud idéntica a ella, a una anciana momificada. Consumida. Isi tenía que morderse el interior de las mejillas cada vez que metía la mano en el vaso y, con los colmillos clavados en sí misma para intentar no sentir nada más, sujetaba con dos dedos esos dientes horribles y resbaladizos, ese simulacro de encía rosada, como una golosina podrida. Luego abría los labios de Mamá y la colocaba dentro, ajustando hasta que encajaba en su sitio con un *cloc* que nadie más que ella podía oír.

Mamá bajaba los ojos, avergonzada.

A saber para cuál de las dos era más humillante.

Para Mamá, por supuesto. Para ella era simplemente asqueroso.

De pronto entornó los párpados y observó algo más allá de su pequeño microcosmos. Recelosa, inquieta. No había perdido una pizca de vida en sus

ojos esmeraldinos, más verdes aún que el colutorio donde ponía a flotar sus dientes; El Bicho (así era como les gustaba llamar al cáncer que se la estaba comiendo por dentro) no había sido capaz de llevarse su increíble expresividad. Examinaba algo.

Miraba a alguien.

La Ratoncita Hacendosa estaba allí, a los pies de su cama. Quieta. Con los brazos estirados, pegados a su cuerpo robusto como un ladrillo gigante.

—La her-her-mana duerme. Casi si-siempre du-du-duerme. Puedo ayudar aquí. A la her-her-mana no le importará.

—Gracias —contestó Isi, activando una de sus peores sonrisas congeladas. A veces se preguntaba cómo la gente no huía despavorida cuando la veía sonreír esos días. Se imaginaba parecida al Joker *antes* de hacer volar todo por los aires. Mamá decía que más bien era como la Gata Loca, pero ella no era capaz de recordar esos dibujos animados—. Estamos bien. —*Mentira*—. Gracias. —*Otra mentira más.*

La mujer sonrió con amplitud, dejando ver sus enormes dientes torcidos, cubiertos por una espesa y repulsiva capa amarilla de sarro y restos de comida. Guiñando todavía más los ojillos de ratón, hasta hacerlos casi desaparecer.

Oh, por Dios, qué mierda es esa…

—Muy bien, muy bien. Están bi-bi-bien. —Y se acercó, con rápidos y cortos pasos. Los brazos pegados al cuerpo disfrazado de religiosa de posguerra. La sonrisa desproporcionada y ocre—. Yo cuido de la her-her-mana, me dejan cuidar de ella. Espero que todas nos llevemos bien —continuó, cogiendo carrerilla, casi perdiendo el aliento en el proceso de hablar sin apenas tartamudear. Su aliento olía a patatas podridas, su cuerpo emanaba una peste a cebollas corrompidas. Era un carro verdulero sucio y descompuesto que, de pronto, aprisionó la huesuda mano de Mamá y la estrechó entre las suyas.

Se encogió. Más perpleja que dolorida.

Quita tus putas manos de loca de encima de mi madre…

Pero ella no hizo ni un gesto para apartarse de la mujer.

—Me dejan cuidar de esta hermana, de la otra ya no. Que molestaba, decía la mujer de la habitación. Un poco loca estaba. Demencia, alzhéimer o qué se yo. Pero, ¡si no dábamos un ruido! Así que me echaron y por eso estoy con esta hermana. Puedo ayudar aquí, ella casi siempre duerme. No le importará.

Sí, muy bien, de acuerdo, todo eso ya lo has dicho, Ratoncita Hacendosa. ¿Serías tan amable de hacer el puto favor de dejarnos en paz? A mamá no le gustan las visitas, a mamá no le gusta que le toquen.

A mamá ya no hay nada que le guste.

Sin embargo, seguía quieta, con su mano aprisionada, sin dejar entrever el más mínimo disgusto. Escuchaba a la extraña mujer, con una expresión

bastante más amable (o por lo menos, educada) que cualquiera de las que le dedicaba a Isi.

—Está bien. Está bien. Todas estaremos bien aquí, ¿verdad?

—Estupendamente —respondió, más ácida de lo que le hubiera gustado. No, en realidad no. Bastante menos de lo que deseaba, aunque más de lo que debería parecer. Su capacidad de disimulo también descendía a un ritmo alarmante.

La mujer sonreía beatíficamente mientras Mamá hundía el codo en las costillas de Isi. Lo hacía despacio, hasta que veía los ojos de su hija empañarse con lágrimas de dolor, hasta que las mandíbulas apretadas rechinaban, e Isi le dejaba hacerlo. Mamá lo sabía, como sabía tantas cosas. ¿Verdad?

—No seas maleducada, Isabel. Yo no te he enseñado a ser maleducada.

Tú no me has enseñado una puta mierda, pero bueno. Lo que tú digas.

—Vale. Disculpad. Me voy a demostrar toda mi cortesía a otra parte, ya tienes quien te haga compañía.

La Ratoncita Hacendosa asentía con la cabeza como si le hubieran dado cuerda y fuera a pasar toda la eternidad agitándose de esa manera. Parecía un payaso un poco loco al final del espectáculo: ahora te veo la coronilla blanca, ahora no te la veo. Sus párpados se agitaban con cada movimiento de la cabeza, cada vez más acelerados, cada vez más espasmódicos.

Tenía una cicatriz roja y vibrante sobre uno de ellos, casi pegada al puente de la nariz, que se sacudía al ritmo loco de sus asentimientos. Un bulto fascinante y fuera de lugar; tanto, que Isi tuvo ganas de alargar la mano para rascar su corteza, para comprobar si de verdad algo se movía debajo, un *Califórido*, una *Blattodea*, un... lo que fuera, que se escapaba de los sesos de la mujer por el conducto orbital y era el responsable de que se comportara como una chiflada.

El mecanismo que le daba cuerda.

Quería tocarlo, arañarlo. Pulsar ese mágico botón escarlata para desactivar la secuencia de vaivenes de esa desconcertante mujer, más parecida a una muñeca en estado de descomposición que a un ser humano.

Pero, en lugar de hacerlo, salió disparada de la habitación, dejándolas solas (Mamá, Hermana, Ratoncita), muy, muy convencida de que había empezado a alucinar más de lo habitual.

Eso, desde luego, no era algo que le hubiera extrañado.

No sabía qué hora era cuando la despertaron sus cuchicheos.

Mamá dormía, en ese sueño comatoso y leve que comparten todos los enfermos terminales, del que parece que no van a salir y, a la vez, en el que nunca están inmersos del todo. Un estado de trance que no abandonarían ni con la bomba atómica explotándoles al lado, pero sí tras un suspiro a destiempo. No parecía en paz. No parecía en reposo.

Unos meses antes, la última vez que se vieron fuera de allí, ella solo estaba flaca, quizá algo demacrada. No le daba mucha importancia: los médicos, ya sabes, dicen que no es nada. Estrés, demasiado trabajo, su estómago delicado. Nada hacía pensar que su próxima cita sería en un hospital, una de ellas sin querer hablar, la otra sin poder hacerlo.

Su rostro estaba flácido, prematuramente envejecido. Tenía arrugas nuevas (las arrugas del dolor, como Mamá las llamaba en su estilo melodramático) y la piel del mentón le colgaba y se confundía con los pliegues del cuello, rodeado por una fina cadena plateada de la que colgaba una cruz.

¿Desde cuando eres creyente, Mamá?

Aunque bueno, si había un momento para abrazar la religión, desde luego era este. O alguno parecido, como cuando estás en un avión a punto de estrellarse. Bien pensado, ser un enfermo en sus horas postreras, consciente de ello, es un poco como estamparse contra el suelo sin tener ni idea de cuando llegará el impacto.

Las oía hablar. A la Hermana. A la Ratoncita. Una voz severa, rasposa y dominante devoraba por completo el tono chirriante y servil de la otra. Se lo comía, lo ahogaba, no le permitía salir a la luz. No parecía ni muy doliente ni muy moribunda esa monja, desde luego. Por lo menos, no tanto como la Ratoncita Hacendosa la había pintado. Aunque a lo mejor era una de esas personas de espíritu extraordinario a las que, en apariencia, la enfermedad no es capaz de frenar.

Nada más, ¿no? Que no por el hecho de casarse con Dios va a tener una que estar entre mortificaciones y lamentos todo el día.

Isi levantó la cabeza despacio, como una tortuga saliendo del caparazón. Estiró el cuello poco a poco, para no molestar a Mamá. Había vuelto a quedarse dormida en la silla, con la cabeza en sus piernas.

Siempre fue cuidadosa con ella. Cuidadosa, atenta. Joder que si lo fue.

Aunque bastante poco le importó.

A grandes rasgos, todo lo que podía decir sobre eso es que fue una madre de mierda. Una madre de mierda para una hija de mierda. Ese era el triste resumen de su vida.

Mamá no se movía, sumida en su trance sin sueños; una Aurora esperando a un Príncipe que no iba a regresar. Isi no se movía, porque tenía entradas de primera fila para la función de sombras chinescas que se desarrollaba al otro lado de la cortina.

No podían tener una espectadora más atenta.

—Así que sufre, dices. ¿Que sufre? ¿Y qué tiene eso de especial? Todos lo hacemos. Todos hemos venido a esta tierra para eso, y no dejaremos de padecer hasta que no la abandonemos. ¿Qué tiene de especial? ¿Qué te hace pensar que merece algún alivio?

La sombra negra de la Hermana se yergue en la cama. Despacio. La espalda recta, la toca puesta. A los pies, su discípula encorvada, el inequívoco corte de pelo, sus vértebras retorcidas. Inclinada. Dispuesta.

—No es especial. Nadie lo es. Aunque es bien cierto lo que dices: nunca pediste nada. Siempre has sido fiel y obediente. Un regalo, ¿es eso lo que quieres? ¿Un regalo antes de marcharnos?

La silueta pequeña asiente y se agita, se retuerce como una lagartija y trepa a la cama. La Hermana Sombra Negra alza los brazos, acompañando con gestos su discurso. Su voz se eleva, potente, severa. Llena la habitación, el aire, el espacio infinito con sus vocales sólidas y sus consonantes líquidas. Las palabras son densas, comestibles.

¿Por qué no vino nadie? *Si todas las puertas estaban abiertas...*

¿Por qué nadie lo oyó? *Si todos los oídos estaban atentos...*

¿Por qué no se movió cuando, culebreando como un reptil deforme, la Ratoncita Hacendosa se acercó a ellas? A sus pies, en cuclillas, sonriendo como una media luna retorcida y rancia, apestando a podredumbre y sudor.

Al otro lado de la cortina, la Hermana Sombra Negra giró hacia su lado, sin hacer un solo ruido. Respiró el mismo aire que ellas, hediondo, tan pastoso que hubiera podido recogerlo con una cuchara y luego tragarlo, paladearlo, *saborearlo*.

—¿Quieres que deje de dolerte, niña? ¿Quieres que tu madre descanse y sea feliz el tiempo que le quede? ¿Quieres descansar tú también? Es a eso a lo que has venido, ¿verdad?

La Ratoncita Hacendosa se encarama de un salto sobre la cama. SOBRE MAMÁ. Se recoge la falda hasta las caderas, para sentarse a horcajadas sobre el agujero de su vientre, donde una vez hubo carne, músculos, sangre. Donde una vez se engendró vida. Donde te engendró a ti.

En su mano derecha reluce un martillo. En la izquierda, un picahielos pequeño, delicado.

Conoces su denominación, como el que conoce los nombres de las legiones infernales, y en su mango lo lleva grabado: es LEUCOTOMO. Y porta sangre y paz. Eso también lo sabes.

Y lo deseas.

Por eso, tú también sonríes, igual que el monstruo de coronilla blanca que,

muy correcto, asesta un elegante golpe de swing con el martillo al leucotomo y se lo incrusta a Mamá más allá de lo médicamente recomendable, si es que hay algún punto que lo sea.

Sabía de qué le estaba hablando la Hermana Sombra Negra.

Claro que lo sabía cuando le dijo mentalmente que sí.

No pudo contarles mucho más a las enfermeras que la despertaron de un tortazo. Eso les juró, mucho más allá de la histeria y el horror. En un lugar de pesadillas que no creía haber visitado antes, pero que tampoco le resultó del todo desconocido.

Solo ha sido una pesadilla, no asustes a tu madre, bebe un trago de agua, toma una pastilla. Este sitio puede con todos, no te preocupes más. Es normal.

Eso le dijeron y alguna cosa más. Palabras de alivio. Palabras amables.

Mamá asentía, con una bonita sonrisa desdentada. Sobre sus ojos, por primera vez sin vida, sin color, vacíos y ausentes, una cicatriz escarlata. Igual que la que palpitaba sobre los de la Ratoncita Hacendosa.

Sobre la almohada, una solitaria gota de sangre.

Pero estaba segura de que fue un sueño y nada más.

***Convulsiones inducidas químicamente**: Ladislas Von Meduna, médico húngaro, fue pionero en la idea de inducir convulsiones con drogas para tratar a pacientes esquizofrénicos. Hizo el siguiente razonamiento: la esquizofrenia es rara en pacientes epilépticos y los pacientes epilépticos parecen más calmados después de un ataque. Entonces, ¿por qué no producir convulsiones en los pacientes esquizofrénicos para calmarlos? Von Meduna probó varias drogas antes de decidirse por el Metrazol. Las terapias convulsivas siguen en uso en la actualidad, especialmente la terapia electro-convulsiva para tratar esquizofrenia y depresión resistente.*

Cuando subió de desayunar, encontró al Chico de las Estampitas sentado junto a Mamá. Tenía extendido todo su muestrario por la cama, sobre ella, y entre los dos revolvían las imágenes de santos y vírgenes, rebuscando.

Sonrió. Cuántos domingos por la mañana había pasado en una situación similar: sentada en el suelo, en un círculo de niños ordenados, cada uno con sus cromos esparcidos en aparente caos por el suelo. Los adultos revoloteaban a su alrededor, confusos, sin entender su idioma de números y reproducciones, de nombres de guerreros fantásticos, futbolistas japoneses y caballeros con armaduras doradas. Creyendo, quizá, que en cualquier momento una disputa terminaría en arañazos y patadas, en robos, insultos y bofetadas, cuando, eso lo sabe cualquiera que haya sido niño y haya acudido a la cita semanal de cambiar cromos, todo estaba controlado.

Eran un poco como narcotraficantes a pequeña escala: conocían el valor de su producto, el tipo de trueque que les era necesario y que, si andabas jodiendo al de enfrente, el domingo siguiente puede que no quisiera negociar contigo y cambiar la preciosa mercancía que esa semana le había tocado en suerte.

Así estaban ellos dos. Solo que en lugar de cambiar cromos de los Caballeros del Zodiaco examinaban a San Dionisio de París, el Santo Decapitado, y Santa Águeda, con sus tetas mutiladas en una bandeja.

Para que luego critiquen la violencia en los dibujos animados infantiles.

Al final, Mamá escogió un par de ellas y golpeó el cajón de la mesilla para que sacara dinero de allí y pagara, por fin dignándose a mirarla con esos ojos opacos y turbios que tenía desde que había despertado.

Producto del Tramadol, nada más. Seguro que no era más que eso, ¿verdad?

El Chico de las Estampitas recogió sus inquietantes papelinas para el rezo y la devoción y se marchó deprisa, cinco euros más rico y dos imágenes más ligero.

—¿Por qué has comprado eso? —preguntó, simulando poner orden en el cajón. No quería volverse hacia ella, hacia sus manos esqueléticas y temblorosas.

Se hubiera arrancado los ojos en ese mismo momento para no tener que verlas nunca más.

Sus manos. Las mayores delatoras de su declive sin fin.

¿Cómo una parte tan pequeña e insignificante podía ser la que sufriera todas las marcas de una muerte que no acababa de llegar? La falta de músculos y grasa, ahí estaban. Las venas moradas y atrofiadas por los pinchazos, tan engrosadas como tuberías de Gas Ciudad. Las uñas blancas,

símbolo universal de una anemia galopante. Manchas oscuras, como quemaduras de sol en la superficie lunar, manchas lilas y amarillas de hematomas, huesos retorcidos por la artritis precoz.

Temblores.

Sudores helados.

Rastros de ampollas a medio curar donde una simple gota de carboplatino había rozado su piel.

Todo estaba allí, en un mapa perfectamente visible, grabado cronológicamente en su epidermis. Por eso no quería verlas. Por eso, si de ella dependiera, no las hubiera mirado nunca más.

Un desastre. Un puto desastre nuclear en las manos que un día la recogieron del suelo cuando se estrelló contra el asfalto y que luego lavaron y curaron sus heridas.

Aunque no fueran muchas esas veces, Mamá.

Menuda hija de mierda para una madre de mierda.

Volvió a golpear la mesilla. Cómo le gustaba hacerlo a pesar de lo que debían dolerle los huesos. Lo que le gustaba joder así, con lo sencillo que sería molestarse en hablar. Pero no, Mamá nunca fue alguien considerado. Una persona que te pusiera las cosas fáciles. Más bien todo lo contrario.

—Los dientes.

Sonaba más colgada que el día anterior. Bastante más.

Así que Isi cogió el vaso (el maldito, jodido, asqueroso vaso), sacó su dentadura (su maldita, jodida, asquerosa dentadura) y se la metió a presión en la boca.

En su maldita.

Jodida.

Asquerosa.

Boca.

Esperó a que chillara, se quejara, le escupiera, la insultara. Pero en lugar de eso comenzó a remover la mandíbula de abajo, abriendo mucho la boca. Riéndose entre convulsiones histéricas, agitando los hombros con sus carcajadas demenciales que también sacudían la cama, la lámpara, la mesilla.

Tantas y tan vesánicas eran sus risotadas, que el reciente volcán rojo sobre su párpado entró en erupción. Escupió la dentadura, que no había terminado de encajar en su sitio, y sacó la lengua hasta que alcanzó a lamer la sangre oscura que caía mansa desde su órbita ocular. Arrugó una de las estampitas recién compradas, escupió un coágulo rojo en ella y se la lanzó.

—Toma. San Antón, patrón de los animales. La he comprado para ti.

Oyó las sacudidas de la cama mientras se alejaba, casi corriendo, casi sin respirar. El crujir de sus huesos, de sus uñas, de los dientes que le quedaban, con cada espasmo y cada carcajada.

—Tiene convulsiones —consiguió decirle a la primera enfermera que

encontró—. Ayuda. Necesita ayuda.

Con ese precioso hacha pintado de rojo homicidio, por ejemplo. «Usar en caso de emergencia», dice el letrero, y si esto no es una emergencia entonces, joder, nada lo es.

—La her-her-mana duerme, puedo ayudar aquí —oyó tras de sí. Lanzando vaharadas de aliento podrido en su oreja, atravesando el tímpano, corrompiéndole los sesos. Su mano cuadrada y fuerte le agarraba el hombro, sus uñas mugrientas y tan amarillas como los dientes de queso se hundían en su piel, sin necesidad de atravesar la ropa.

—No necesito ayuda. —*Solo necesito un hacha. Solo necesito esa hacha y la fuerza suficiente para hundírsela en el cráneo a mamá. Nada más*—. Todo está bien. —*Mentira*—. Todo va bien. —*Otra mentira más.*

La cabeza redonda de la Ratoncita Hacendosa se reflejaba en el cristal, que solo podía romper en caso de emergencia. Otra vez esa palabra confusa. Deberían haber sido más específicos, deberían hacer una lista de situaciones en las que sería correcto quebrarlo.

Por ejemplo: ¿podría embestirlo con la frente y usar el hacha para decapitar a Mamá, por favor? Prometería dejarla limpia y reluciente cuando acabara. En su sitio. Como si nada hubiera pasado.

La coronilla blanca de la Ratoncita Hacendosa aparecía de forma intermitente junto a su reflejo. Ahora estoy, ahora no estoy. Ahora aparecen mis ojillos de roedor, ahora se esconden detrás de ti.

—Muy bien, sí. Está bien. Claro que está bien. Todas estamos bien aquí, ¿verdad? —Fenomenal. No podemos estar mejor.

Pudo imaginar con claridad cómo llegar a la puerta abierta, por donde no dejan de entrar enfermeras atareadas como *Formicidae* obreras, donde se siguen oyendo las sacudidas de los huesos de Mamá, haciendo saltar la cama. Alto, muy alto. Cada vez más alto.

Pudo oír sus vértebras haciéndose añicos por los espasmos.

A todo esto, seguía riéndose como una demente sin remisión, así que Isi también se rio cuando llegó a ella, por hacerle compañía, más que nada.

Siempre les gustó mucho reírse juntas, de cualquier cosa absurda.

—Me alegro de no molestar, de que no haya quejas esta vez. No me gustaría dejar a esta her-her-mana, no quiero que me echen otra vez. La habitación tiene sol y estamos todas muy bien, ¿verdad?

Por supuesto. Es una habitación preciosa. Y más bonita quedaría decorada con los sesos de Mamá por las paredes después de un hachazo de emergencia. El rojo y el blanco, rociados como con aerógrafo, mejorando sin duda el deprimente verde pastel que se mete en las pupilas contaminándolo todo. Así sí que estarían bien.

No sabía cuál sería la mejor manera de hacerlo. Cuál era la forma correcta de blandir un hacha para ejercer el máximo daño con el mínimo esfuerzo. Quizá como si sujetara un bate de béisbol, desde atrás, eso le

dejaría ajustar la trayectoria. Pero de arriba abajo... la fuerza aplicada sería mayor. Una descarga con el impulso de todo el cuerpo.

¿Cómo te gustaría que lo hiciera, mamá? ¿Cómo lo prefieres?

Corrió hacia ella. Hacia Mamá.

Empujó a las enfermeras, se llevó por delante el carro metálico, llenando el suelo de gasas, agujas, vendas, toallas... Le daba igual que le gritaran, que la agarraran.

Solo quería llegar a ella. Solo necesitaba eso.

Subir a la cama. Abrazarla fuerte hasta descoyuntarla con su abrazo. Acunarla y que se durmiera para siempre. *Por favor, Mamá, duerme. Duerme ahora y no te despiertes jamás.*

—Lo siento, mamá. Lo siento.

Siento que te mueras. Siento querer matarte. Siento que, de todas las personas que te gustaría que estuvieran aquí... ninguna sea yo. Pero ya ves dónde están ahora todos eso que tanto te querían, esos que siempre estaban por delante de mí en cualquier circunstancia. ¿Dónde estáis, ahora que ella se muere? ¿Ya no la apreciáis tanto? ¿Ya no es útil, no es divertida, ya no es la mujer que decíais adorar? Qué ser tan especial, qué criatura adorable, divertida, carismática. La reina de una fiesta sin fin rodeada de sus acólitos. Y ahora... ahora no te queda nadie más que yo.

De rodillas en la cama, Isi meció la cabeza calva entre sus brazos, acarició los pómulos que una vez fueron tan increíbles y ahora solo revelaban la forma que tendría su cráneo pelado una vez estuviera en la tumba. Besó cada mancha, cada herida. La ruta marcada por un hacha imaginaria minutos atrás. Lloró sobre ella y ella lloró sobre su hija.

Alrededor, gritos, órdenes furiosas, voces más conciliadoras. Ruido de cacharros, de portazos y de pisadas apresuradas.

Y, en el centro de la tormenta, ellas dos. Solas, en el ojo de un huracán que no les importaba mucho, como siempre había sido. Como siempre debió ser.

—Volveremos al mar, mamá. A beber *tequila sunrise*. Nunca debimos marcharnos de allí. —No. No debieron hacerlo. Se estaba bien en esa playa al anochecer, dilatando las horas hasta el alba, hablando en su lenguaje inventado, ese del que solo ellas sabían el significado de las palabras, de los silencios, de los gestos. Igual que esa cama: una isla privada, hecha a su medida, donde comer azúcar rosa y beber cócteles por toda la eternidad, borrachas de felicidad y tequila.

—Me dijiste que era una mierda de canción. Una chorrada muy tópica. —En eso también estaban de acuerdo: lo mejor de ella era el cóctel que le había dado nombre.

Siempre estuvieron de acuerdo en más cosas de las que les gustó admitir.

—Siento haber sido una mierda de hija —le dijo entonces.

Mamá asintió.

Nunca reconoció haber sido una mierda de madre.
Nunca, ni siquiera en sus últimas horas.

—Isabel.

La Hermana Sombra Negra la llamaba por su nombre, ese que no utilizaba desde que salió del colegio. El mismo por el que solo Mamá la importunaba, sabiendo lo mucho que lo odiaba. Precisamente por ello.

—Isabel. Niña. Ven aquí.

El aire hedía incluso dentro del cuarto de baño, donde Isi se había encerrado cuando empezaron los susurros nocturnos y comenzó la función de sombras tras la cortina blanca. Agarrada al lavabo, concentrada en las gotas de condensación que se deslizaban por el espejo, que no reflejaba más que oscuridad, respiraba despacio, por la nariz. Contando. No más pérdidas de control. No más huidas de la realidad.

—Aceptaste el trato, niña. Ahora, asume también las consecuencias. —La voz de la hermana, autoritaria como la de un coronel en tiempos de guerra, se colaba en zarcillos visibles por las pequeñas rendijas entre la puerta y el marco, enredándose entre sus piernas y subiendo, viscosos, hasta rodear su frente, coronándola como a una Virgen doliente.

—Yo no acepté una mierda más allá de lo que hiciste. —Eso lo sabía, era algo de lo que las dos eran conscientes (*y las tres, y las cuatro*), pero también conocían la verdad de que poco importaba. La Hermana Sombra Negra parecía acostumbrada a ganar sus partidas e Isi nunca ha salido muy airosa en los choques de voluntades, más bien todo lo contrario.

La derrota como vieja amiga, como única compañera de cama, a la mesa, la que le frotaba la espalda en la bañera y le cantaba nanas antes de dormir. Quien le peinó los cabellos y le subió los calcetines hasta la rodilla, sus estrías perfectamente derechas, alineadas. Quien le secó las lágrimas que pronto dejó de llorar.

El picaporte tembló. Alguien tiraba de él, lo agitaba arriba y abajo sin poder abrir pese a la falta de pestillo. Las prolongaciones casi tentaculares de esa voz se le enredaron a la cintura, amorosas, meciéndola de un lado a otro. Eran amables y suaves, incitantes. Casi daban ganas de dejarse arrastrar fuera de allí. Casi daban ganas de rendirse a ellas y que fuera lo que Dios quisiera.

Date prisa, date prisa, o terminará por abrir. Ese maldito Ratón Hacendoso abrirá la puerta y no solo entrarán sus palabras. Y ya sabes lo que pasará entonces, querida.

Ignoró los apéndices que se colaban por su ropa y le acariciaban el pelo, la nuca, las orejas. Desechó todo pensamiento, toda visión, toda sensación más allá de su tarea.

Sabía lo que tenía que hacer.

Llevaba muchos años preparándose para ese momento, aunque nunca se le había ocurrido que fuera a tenerlo tan difícil.

Por la Gracia de Dios.

Por la Gracia del Sagrado Corazón de María.

—Isabel... —tronó la voz, amenazante, ciñendo con fuerza su estómago, cortándole el aliento.

Abrió el estuche de cuero donde portaba todo lo necesario desde hacía ya veinte años y sacó de él un pequeño pastillero de plata, labrado con delicadeza. Dentro (*hostias ácimas, pan bendito, el cuerpo de Cristo, San Cardiazol el de la eternidad en la Luna, San Metrazol el de los abismos infinitos, San Leptazol el de los pies ágiles como el viento*) el viaje a la tierra prometida, donde los ríos no manan leche y miel precisamente ni el maná llueve del cielo, pero es posible dejar a los demonios atrás.

—Isabel, mi Isabel... —Mamá recitó su nombre. Su voz le trajo tanto dolor como si el Leucotomo impactara de lleno contra sus sesos, porque traía amor, comprensión. Llegaba cargada de todas las promesas que nunca cumplió pero en las que la niña que Isi llevaba dentro seguía creyendo. Una niña sin paraguas bajo la lluvia, esperando a la puerta del colegio por mucho que las hermanas insistieran en que sería mejor aguardar dentro, que pillaría una pulmonía con tanta lluvia en invierno. Pero ella esperaba y esperaba. Buscaba a Mamá en cada coche, en cada luz, en cada carrera apresurada, cruzando todos los charcos y chocando contra todos los peatones que encontraba a su paso, preocupada por la niña que la esperaba sin perder la esperanza...

No llegó. Ni esa noche ni la siguiente. Las monjas lavaron y secaron su ropa, la bañaron y envolvieron en toallas ásperas. Caminó por los pasillos como un pequeño fantasma triste, ataviada con un camisón que le sobraba por todas partes, y se sintió muerta por primera vez cuando solo tenía ocho años y la vida debería haber sido un juego y una promesa.

No tuvo más remedio que buscar en otros lugares. Entre fotos viejas, corredores silenciosos y arcaicos recuerdos de un hospital reconvertido en colegio que solo existía en la memoria de los más viejos, de esos que no olvidan porque no les queda ya nada más que los recuerdos.

—Te esperé, Mamá. Te esperé durante tanto tiempo...

Sacó una pastilla blanca y se la acercó al ojo, girándola, divertida.

—El cuerpo del Sagrado Metrazol... —susurró. Y lo tomó con toda la reverencia debida.

Mordió con fuerza un trozo de cuero enrollado. Un pedazo vetusto marcado con muchas huellas de dientes que no eran las suyas.

—¡Isabel! —El grito llegó de todas partes. La voz, más fuerte que un trueno, combinación horrísona de la de las tres mujeres (Ratón, Hermana, Mamá), dinamitó la realidad a su alrededor; pedazos de puerta y espejo, de loza y cortinas, suspendidos en el aire en un instante perfecto antes de que la

química hiciera su trabajo e Isi cayera al suelo, convulsionando y retorciéndose.

Cuando despertó, todo estaba bien. En calma. El sol aún no había salido y jirones de nubes naranja violento coronaban las montañas en el horizonte, rasgando el cielo pálido y mortecino. Ellas dormían, pacíficas. Nada mostraba rastros de la noche anterior. Nada turbaba la paz de una habitación de hospital cualquiera.

Tenía la boca seca, la lengua convertida en la suela de una alpargata. Tragar saliva era una tortura y un alivio a la vez. Comprobó su pulso: acelerado, quizá una leve taquicardia. Nada preocupante, nada irreparable. *Tranquila, Isi, tranquila, esta vez todo ha salido bien.*

—Bendito seas —murmuró, besando el pastillero y su bienaventurado contenido—. Bendito seas.

Lo depositó con mimo en su compartimento, junto al resto de instrumentos. Los acarició uno a uno; eran su Grial, su crucifijo. Las únicas armas de las que disponía para su guerra santa, esa en la que no estaba segura de cuánto tiempo más sería capaz de batallar, de mantenerse firme y en pie.

Cuando acabó con su tarea, saludó con la cabeza a su imagen en el espejo y al hombre que esperaba detrás. El apuesto caballero borroso, de fino bigote y anticuada bata blanca, le devolvió el saludo con trasnochada elegancia.

EL DÍA ONCE
(LAS HORAS DIURNAS)

Terapia de choque insulínico (Primera parte): *Fue postulada por Manfred J. Sakel, neurofisiólogo y psiquiatra polaco-austriaco, que dijo que era útil para el tratamiento de la esquizofrenia y otros trastornos mentales. Al poco tiempo de terminar su carrera en Viena, Sakel vio que el estado mental de algunas personas con adicción o psicosis mejoraba tras sufrir una crisis hipoglucémica. Sakel manifestó que dando a los pacientes una sobredosis de insulina que les generara fuertes convulsiones parecidas a las de un ataque epiléptico y terminara normalmente en un coma, se podría intentar replicar esa mejoría en su condición mental.*

Todo acabaría pronto. Lo sentía en los huesos y en la forma en que las enfermeras trataban a Mamá. Si una profesional de las vías y los catéteres se porta de forma humana, habla conteniendo el volumen de su voz y se deshace en sonrisas fuera de la planta de maternidad, no hay duda: estás al borde de la muerte.

También terminaría pronto todo lo demás. La Ratoncita Hacendosa se escondía tras la cortina, al abrigo de su superiora, tan inmóvil y silenciosa como todos los días y, aun así, omnipresente. Su figura, apenas perceptible a contraluz, yaciente, era como un tótem maldito que ensombrecía todo lo que rozaba.

La abnegada seglar estaba asustada, se olía en el aire y se percibía en sus movimientos inquietos y en las largas pausas silenciosas que los precedían. Que alguien les plantara cara y saliera victoriosa no debía ser nada común. Si Isi tuviera tiempo de pensar en ello, cosa que no se podía permitir, apostaría a que era la primera vez. Que todas las puertas se abrían a su paso, que todas las voluntades volaban por los aires con su presencia, hasta la noche anterior.

Isi sabía que esa noche concluiría el espectáculo. Mamá iba a morir; fuera porque el Bicho acabara con su trabajo empezado a saber cuántos meses atrás o fuera de otra manera, esa que la había llevado hasta allí, le quedaba poco antes de bajar el telón y dar por finalizada la obra de teatro, lo que no estaba del todo mal. Pero la tercera opción, esa posibilidad inesperada con la que había chocado al entrar en escena la monja siniestra y su aún más siniestra compinche... esa no estaba bien. No era lo correcto.

No podía dejar que ellas se llevaran a Mamá, porque...

... porque quien parte con ellas está destinado al martirio y al pesar eternos. A vagar por llanuras de sal y mares de ceniza. A caminar por brasas ardientes, al tormento, a la locura.

No le interesaba demasiado quiénes eran, eso no tenía mayor importancia para Isi. Fuera la que fuera su naturaleza o su identidad, de poco le valía para defenderse o atacar. Pero, ¿qué hacían allí? ¿Por qué habían irrumpido de esa forma, qué importancia tenía para ellas la minúscula vida mediocre de Mamá, para que quisieran llevársela a toda costa?

Y no le valía ese argumento de que todos somos importantes a nuestra manera, que toda vida es preciosa y toda alma única y maravillosa. A la mierda con eso. Nadie es más que una mota de polvo insignificante en la inmensidad del universo. Polvo que vuelve al polvo. Cenizas retornando a las cenizas.

Paseó de un lado a otro por el arenal deprimente anejo al hospital, donde

los apestados como ella acudían a fumar, a encender un cigarrillo con la brasa del anterior para no entrar de nuevo, para no subir a la planta asignada. Las mismas caras de días anteriores, los mismos gestos, el fingir que mantienes una importante conversación telefónica para que nadie se fije en tu soledad, ese hojear perezoso de un libro que (como todos han podido ver) está del revés. Removiendo los mismos pequeños vasos de plástico con palitos de madera, llenos de café con sabor a enfermedad y descomposición.

Sus zapatillas deportivas habían desaparecido y el suelo hormigueaba bajo sus pies. Pequeños cráteres del tamaño de un tapón de corcho entraban en erupción a su paso y, de cada uno de ellos, asomaba la cabeza desproporcionada de enormes *Lumbricus Terrestris* que se abrían paso a duras penas entre la firme arena aplastada y las piedras. Le mordían los dedos, la sensible planta, se enredaban en sus tobillos haciéndola tropezar y caer de bruces sin dolor, una caída amortiguada por la blandura de sus cuerpos de anélidos gigantes y viscosos, espachurrados con el impacto.

Había una Isi levantándose, ayudada por una amable mujer que se interesaba por su estado. Mientras, su otro yo se revolvía entre gusanos que se le colaban por la nariz, por los oídos, por los diminutos agujeros de las pupilas...

—Estoy bien. —*Mentira*—. Todo va bien. —*Otra mentira más*.

De camino al interior del hospital inspiró profundamente, con la mirada fija en el suelo repleto de lombrices que no parecían tener intención de marcharse de allí. Contó el tiempo que tardaba en inhalar y espirar, y después sus dedos hasta llegar al meñique de la mano izquierda.

El más pequeño.

El más indefenso.

Lo siento por ti, querido mío, pero es más fácil romper una cadena por el eslabón más débil

Partir el dedito no fue difícil. Lo peor fue contener las lágrimas de dolor y disimular, aunque estaba bien entrenada para que ninguna emoción trascendiera.

Y más duro aún volver a acercarse al hospital, esta vez sobre un suelo limpio de gusanos.

No vienen a por ella, vienen a por mí. No soy yo la que aceptó el trato ofrecido por la sombra tras la cortina, no es a Mamá a quien se llevarán esta noche, es a mí. Siempre fue a mí. ¿Significa eso que no estoy equivocada? ¿Significa que esta misión es real, no un producto de mi cabeza retorcida y vengativa? Yo, que vine aquí con un propósito sin saber siquiera si lo había inventado, si era el rencor lo que me subió al taxi o fue un ajuste de cuentas que retorcí, después de esperar tanto tiempo, hasta convertir en una especie de tarea sagrada lo que no eran más que delirios, psicosis, esquizofrenia, a saber qué. Esto es real. Esto es correcto.

No escogió para entrar las puertas automáticas, sino la entrada lateral,

más pequeña y apartada. Se echó a un lado para dejarla abierta, para abrir el paso.

El caballero del bigote anticuado, con su bata y sus pequeñas gafas en el bolsillo, la saludó al pasar. Siempre fue el más educado. Muy cortés. De entre los coches, tras la gente, el resto de sus compañeros echaron a andar y la siguieron: sombras en sepia, en blanco y negro, desdibujadas en los bordes, algo temblorosas al caminar, helando el aire a su paso. Las personas que por allí estaban y se cruzaron con ellos sintieron un escalofrío, una leve corriente de aire, un desasosiego indefinible, pero nada más.

Nadie vio esa extraña procesión de doctores de otra época, de otro lugar, las recatadas enfermeras, las monjas con mandiles y grandes tocas que saludaron a la insignificante chica que les sujetaba la puerta. Y ella les devolvió el saludo: después de todo, eran viejos amigos.

Faltaba poco para que empezara a oscurecer, así que los siguió. La hora estaba cerca.

Sonreía. Porque todo estaba *bien*.

A las diez de la noche cambiaron el gotero a Mamá. A las once y media, a menos que alguien pulsara el botón de llamada para una dosis más, le pondrían el último Tramadol de la jornada.

El último de verdad. De todos los posibles finales que tuviera esa noche… en ninguno de ellos Mamá salía con vida.

Consciente de la expectación al otro lado de la cortina (ratoncitos hacendosos retorciéndose en la silla, en la cama, dentro de la mesilla, por las paredes y a través de ellas) y de la propia, Isi se mantuvo ocupada porque, como todas las niñas que estudiaron en los colegios de monjas, sabía que una mente y unas manos ociosas son el mejor hogar para el demonio.

Comenzó afeitando la escasa pelusa que quedaba en la cabeza de Mamá. Era como sostener la luna en su regazo; cráteres y manchas misteriosas, formas irregulares en una superficie, por lo demás, casi perfectamente esférica y lejana. Apoyó la barbilla en ella. ¿Qué secretos hay aquí dentro? ¿Qué viviste, con qué soñaste? ¿Cómo era la niña que un día se convirtió en esto que ahora se muere? ¿Cómo llegamos a este punto, Mamá?

La marca escarlata que el leucotomo había dejado temblaba como un ojo en la fase REM a punto de abrir sus párpados sangrientos. Así que Isi bajó de la cama y rebuscó en la mochila, hasta que encontró las gafas de sol.

Así estás mucho mejor, mamá. Y, disculpa por el egoísmo, yo también.

Apartó las sábanas y le quitó el camisón.

—No tienes buena pinta, Mamá. Te encuentro desfavorecida.

Agitó ante esos ojos que no podían verla un paquete de toallitas para bebé. Con aloe vera, crema hidratante y nuevo perfume; vaya, qué dispendio para gastarlo con alguien que tenía todo el aspecto de la momia de Hatshepsut en un día de resaca.

Y sin embargo… lo que días antes le hubiera hecho reír y merecer por ello una buena bofetada, no le inspiró más que piedad.

Cuántas veces besé estas mejillas que ahora no están, cómo me perdía en ellas, frotando la nariz y haciéndole cosquillas con el pelo. Ella se reía y me abrazaba. Sí, hubo un tiempo en el que éramos capaces de eso y de mucho más.

¿Qué me hiciste?

¿Qué te hice yo?

¿Qué importa ahora eso?

Este cuello delgado, el lugar donde se perfumaba. En ese y en ninguno más, con una fragancia de un frasco carísimo y nombre de veneno.

—Olvidé traerla, mamá, disculpa el descuido. No nos hubiera venido mal como santo óleo para la extremaunción.

Lavó sus pechos secos, esos que un día la alimentaron, donde descansaba la cabeza las pocas veces que se dejó abrazar. No le gustaban las demostraciones de afecto, de Isi menos que de nadie, así que cada una de

ellas era un tesoro, un recuerdo precioso que guardar en una caja fuerte que no volvería a abrir después de esa noche, fuera por el motivo que fuese. Contó sus costillas (como si fuese a faltarle alguna) y después, incorporándola, sus vértebras.

Era ligera, leve, hecha de aire, opioides y células cancerosas. Y eso no es algo que pese mucho.

Deshazte en el viento, mamá, en ese que no volverá a soplar para ti, deshazte y echa a volar. Hazme un único, jodido favor en tu puñetera vida, en lo poco que te queda de ella, y ahórrame este trabajo.

Patas pequeñas cosquillearon en sus tobillos. *¿Por qué nunca había sido capaz de mantener los calcetines en su sitio? ¿Con qué gen hay que nacer para que esos pequeños, enanos, asquerosos calcetines no se le arrugaran continuamente y cayeran hasta los pies?* Cientos de patitas pequeñas corriendo sobre ellos, colándose por el bajo de los pantalones y subiendo por las piernas.

Scolopendra cingulata.

Scolopendra gigantea.

Scolopendra alternans.

Scolopendra morsitans.

Parecía casi una preciosa oración. Una que entonar como un mantra mientras lavas a tu madre y te sientes como una sacerdotisa egipcia preparándola para el embalsamamiento.

Qué hermosa muerte. O, más bien, qué hermosa post muerte.

Los ciempiés crujen (*y chillan*), se retuercen cuando los pisa, aplastándolos para continuar con su tarea. Tras la cortina, la Ratoncita Hacendosa, prima poco agraciada de Quasimodo, se estira y enciende una vela, que se agita sobre la mesilla.

¿Una vela? ¿Junto a materiales altamente inflamables? ¿Es que quieren prender fuego al edificio?

Le pasa más toallitas por las piernas. No se atreve a cruzar más allá de los muslos, hay cosas que ninguna hija debería ver de su madre. «Aún me queda ese pudor», piensa, y sonríe ante esa revelación. «Puedo herir, blasfemar, puedo incluso matar y reírme después. Pero no soy capaz de abrir las piernas de mi madre, lavarle el culo y ver el lugar por donde asomé la cabeza al mundo el primer instante de mi vida. La entrepierna de mamá es el lugar más sagrado que existe, más que el tabernáculo de todas las catedrales del mundo, más que lavarse los dientes después de cada comida. Así de inviolable y santificado es».

Mordiscos en su ombligo, alrededor de él. Patitas y cuerpos viscosos rodeándole la cintura, reconociendo sus costillas.

—Sí que habéis llegado arriba, pequeños hijos de puta.

Solo faltan los pies y las manos.

Es un acto simbólico dejarlos para el final. Lo último es lo más amado y,

también, lo arrasado. Lo que fue desolación y pérdida en vida es lo más destruido a las puertas de la muerte.

Las caricias que no recibió. Los pasos que esperó escuchar y que no se acercaron más que para alejarse otra vez. El tamborileo de sus dedos nerviosos sobre la mesa, los golpes con el dorso en la mejilla, la sangre en sus ojos por los puñetazos, la sangre en su boca por las patadas en el estómago.

—Y te perdoné, mamá, siempre te perdoné. Era una adicta a tus golpes, a tu desprecio. Estaba enganchada a ti y a esa mierda que me dabas, porque después los besos eran más dulces, los roces más cuidadosos, tenías tanto amor para mí tras machacarme que volvía, una y otra vez, y otra vez más. Una forma muy disfuncional de buscarte, lo reconozco, pero ¿qué iba a hacer si no, si de otra forma nunca te encontraba?

Besa sus pies. La planta, el empeine. Luego comienza por sus manos: la punta de los dedos, la palma sedosa y frágil. El dorso devastado.

—Me convertiste en Mitríades. Y si existe un antídoto contra todo el veneno que me hiciste tragar, desde luego no lleva tu nombre.

Uno de los ciempiés asoma por la manga izquierda (*Scolopendra subspinipes mutilans*) y observa el mundo a su alrededor, cerca del maltrecho meñique hinchado, amoratado.

Isi asiente y sonríe. Descarga el puño sobre él con todas sus fuerzas, asegurándose de aplastar también el dedo destrozado.

Y lo consigue. Claro que lo consigue. El dolor, atroz y agudo, le atraviesa las sienes como un disparo a bocajarro.

Todos los ciempiés desaparecen. Tras la cortina, la vela deja de temblar. Solo es una simple lámpara barata, una más entre cientos de ellas. La Hermana Sombra Negra se yergue, con su espalda recta y perfecta, poderosa, acechante. Mientras, su sierva leal se arruga junto a ella, gime y llora y se lamenta, retorciéndose bajo la mano de su ama.

—Hoyo en uno, hijas de puta.

Tengo un estuche de cuero lleno de sorpresas que muerden, sajan, atraviesan. Tengo un regalo con forma de escalpelo y otro de martillo. Aquí están también mis viejos amigos.

—Soy el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Y no me vais a joder más esta noche. —En una mano blande el bisturí (*Milán, 1903*). En la otra, girando entre sus dedos (los que le quedan sanos), dos jeringuillas llenas de sorpresas (*Farmacia de la calle de abajo, cincuenta céntimos cada una*) —. Por la Gracia de Dios. Por la Gracia del Sagrado Corazón de María.

Avanza hacia la cortina. Sabe que tiene toda la pinta de haberse escapado de un psiquiátrico (o de estar a punto de entrar en él). Sonríe como nunca lo ha hecho en su vida.

Hoy tiene motivos.

Al pasar, ellos la saludan, como hacen siempre. Amables, silenciosos. El

doctor del bigote, tan cortés, un caballero de los que ya no quedan, inclina la cabeza a su paso y extiende el brazo en una reverencia que es también una invitación a cruzar la cortina.

Isi le responde con la misma cortesía.

Nunca fue capaz de mantener los calcetines en su sitio, pero está bien entrenada para responder con educación en cualquier circunstancia. Fue el mejor soldado de Dios de toda su promoción.

Escisiones quirúrgicas y extracciones dentales: *En los primeros años del siglo XX, Henry Cotton, el superintendente del Hospital del Estado de* New Jersey*, en Trenton, consideraba que las enfermedades mentales, sobre todo la esquizofrenia y los trastornos psicóticos, tenían solo una causa: infecciones corporales cuyas toxinas provocaban la intoxicación del cerebro. Cotton trataba de retirar estas infecciones crónicas en su origen, que consideraba eran los dientes, amígdalas, bazos, úteros y otros órganos de sus pacientes.*

1

Ocurrió mientras cenaba.

Las tormentas tienen esa mala costumbre; casi siempre estallan a las horas de las comidas, con una ligera variación para explotar de madrugada. Era un hecho circunstancial en el que no se había parado a pensar hasta ese momento, pero que se quedó hurgando en su cabeza mientras escuchaba la voz que, sin aliento, hablaba y hablaba al otro lado del teléfono. Un pensamiento con forma de larva, horadando su cerebro hasta el punto de hacerlo parecer un trozo informe de queso emmental. Ceniciento, viscoso. Devorando toda masa encefálica que encontraba a su paso.

—Más vale que te des prisa si quieres... ya sabes. —Asintió sin contestar. La larva conquistadora rodeaba su nervio óptico, pulsando contra su ojo. Parpadeó velozmente y apretó con fuerza; no quería que a la muy cabrona le diera por salir disparada por la pupila y terminara en el plato de cuscús, entre el cilantro y las pasas.

—Sí —respondió, consciente al fin de que su interlocutor no podía verla y estaba necesitado, ansioso de palabras—. Ya voy.

Claro que voy.

Ahora mismo voy.

¿Cómo coño voy?

Un pulso intenso contra el septo reverberó en todos sus dientes y escupió sangre en el plato, decorando con profusión las zanahorias picadas y la sémola. Un mosaico decorativo que no tenía intención de probar. La larva hizo vibrar y dilatarse el piramidal, hasta asomar su cabeza blanquecina por la fosa derecha, produciendo una nueva explosión sanguinolenta.

«El primer parto nasal de la historia», se dijo, y la ensartó con el tenedor, tirando de ella para ayudarla en sus embestidas. Para hacer más fácil su llegada al mundo.

Se limpió la nariz con la servilleta y observó el cuerpecito segmentado y gordo de su inquilina, atravesado aún por el tenedor. Se retorcía y marinaba entre curry, canela, jengibre y comino de un plato marroquí a medio comer que se quedaría ahí a saber por cuánto tiempo. Isi no tenía compañeros de piso, pareja, amante, mascota que devorara las sobras cuando ella no estaba, ni siquiera una triste planta que fuera a morir por falta de riego en su ausencia. Perfería la soledad, nada de rodearse de alguien o algo a lo que destrozar la vida. Sus pensamientos eran larvas de *Cicadidae*, asquerosas y moribundas, no preciosas mariposas que alzaban el vuelo hasta el infinito.

—Qué le vamos a hacer —le dijo, encogiéndose de hombros, y empezó a hacer la maleta.

Su madre aguantaba para morirse. Sería de mala educación que tuviera

que esperar por ella.

Aunque aún tenía algo más que hacer. Un detalle sin importancia que no le llevaría mucho tiempo.

Una botella de ginebra Tanqueray es uno de los objetos más útiles que existen. Eso lo aprendió con catorce años, sentada en un taburete de hierro que cojeaba de todas sus patas (sí, eso es posible) y producía desconcertantes movimientos circulares, se moviera ella o no. Mamá, detrás de la barra del bar, vertía el líquido transparente sobre ella y luego lo enjuagaba con una bayeta.

—Deja impecable la madera, el granito y el acero. Mira, una pasada y no queda rastro de nada. No pongas esa cara, el olor se irá en un momento. También es lo mejor para los dolores de muelas que no desaparecen y, si la agarras del cuello, es la botella más ergonómica que hay para darle a alguien en la cabeza. Tiene el culo tan gordo que no se romperá, con lo que no se te va a partir en las manos y, además, puedes machacarle el cráneo bien a gusto.

Blandió de un lado a otro la botella, en suaves movimientos semicirculares. Podría haber ido a las Olimpiadas en el equipo de gimnasia rítmica y haber arrasado en el medallero, por delante de cintas y mazas. Eso sí que era destreza, sí señor. O quizá eran los vapores del alcohol, que no terminaban de desaparecer del todo, en aquel antro oscuro sin ventanas.

«*Lo has hecho, ¿verdad?*», pensó de pronto. No fue una pregunta ni una duda, más bien una certeza absoluta que explotó como fuegos artificiales reflejándose en el vidrio color verde veneno. «*Lo has hecho, mamá, has reventado la cabeza de alguien con esa botella o con una igual a ella, qué más da*».

La adoró por ello.

Era fácil hacerlo. Mamá tenía esa cualidad que poseen algunas personas, que les hace brillar de un modo especial entre la multitud, sin pasar desapercibidas. Ella era... querida, a falta de una palabra mejor para definir lo que despertaba entre los que la rodeaban pero no la conocían del todo. Inteligente, chispeante. Y siempre a la distancia justa para salir corriendo. Quizá de ahí venía su leyenda; nunca se dejaba atrapar, excepto cuando ella misma decidía ponerse a tiro. Y eran contadas las ocasiones en las que eso sucedía. Entonces dabas gracias al cielo por el regalo de su risa, de su ingenio, de su atención.

A Isi le divertía ver esos ritos nocturnos en los que los clientes se apelotonaban para que les sirviera una copa y esperaban para hablar con ella cuando se tomaba un descanso. Hombres, mujeres, chavales de toda índole rodeaban la mesa en la que apuraba un par de *gin tonic* en diez minutos solo para charlar un rato, para pedir consejo o quizá tirarle los tejos. Isi, en su banqueta que cojeaba de todas sus patas a la vez, se balanceaba comiendo chocolate relleno de cacahuetes, preguntándose cuántas de aquellas patéticas

almas saldrían llorando de allí esa noche y cuantas recibirían invitación para hablar un día más.

A veces, en los escasos meses que aguantó como espectadora de ese circo, deseaba tener a mano una cámara de vídeo para enseñar a todos esos que tanto la adoraban lo que ocurría cuando se apagaban las luces y bajaban la persiana metálica del bar. Cómo, en la intimidad, se desmoronaba la mujer por la que se habían empujado, a la que intentaron seducir, con la que habían querido sentarse para rogar consejo como a una madre amable y comprensiva.

«Esto es una madre», quería gritarles. «Esto es MI madre».

Con pruebas gráficas que ayudaran a completar su testimonio, algo que, sin ellas, nadie hubiera creído.

Que fueran las imágenes las que les contaran que tras el par de copas venían otras cinco o seis más, que la mujer, la reverenciada mujer, despeinada, se tambaleaba por la calle, tropezaba y que se habría caído más de una vez de bruces contra el suelo si la hija, la silenciosa, la invisible, no se aferrara a su brazo para que no se perdiera por las calles y acabara a saber dónde y a saber con quién.

Contarles todas las noches que la desvistió, asqueada por el olor a vómito y ginebra, y la metió en la cama con el cuidado con que se acuesta a un bebé muy querido. Cómo acariciaba su pelo cuando lloraba y recogía después los pañuelos, la ropa sucia.

Cómo se recogía a sí misma si la jornada terminaba con un estallido de violencia y también debía hacer desaparecer la sangre.

Poco antes de cumplir los quince, Isi se despidió con poco dolor y mucha prisa. Ya había tenido suficiente del primero y siempre le faltó de la segunda.

No fue tan rápida como para escapar del todo.

«Tanqueray London Dry Gin», la hizo girar en la mano con la pericia de un barman aplicado. Más verde que las esmeraldas, que la envidia, que el detergente de fregar los platos. Que los ojos de Mamá. Odiaba su sabor tanto como amaba su tacto y los movimientos perfectos y equilibrados de la botella, hiciera lo que hiciera con ella.

Bebió un buen trago y vomitó en el cuscús. La larva de cigarra había desaparecido, pero los salpicones de sangre ahí estaban, coagulados, esperando a que diera otro buen bocado de esa nueva delicia marroquí que ningún restaurante incluiría en su menú.

El segundo entró mejor. Sin náuseas, pero con asco. Y calor, un calor reconfortante y familiar bajando por la garganta hasta el estómago y de allí a la vejiga.

—Ya voy, mamá. Espera solo un poco más. No puedo marcharme así, no con... eso en el plato. No con agujeros de gusano en la cabeza.

Si se iba así, si se le ocurría salir de casa en ese estado, a saber con lo que se encontraría por el camino. Qué más comenzaría a salir por cada uno de

sus orificios corporales. Primero había sido un gusano, pero podrían seguirle *Blattodeas*, *Tineolas bisselliellas*, parásitos de cualquier tipo, *Phylum mollusca* o incluso *Rattus rattus*.

Ratas gigantes abriéndose paso por su ombligo. Desde su interior hasta todos los platos en los que comiera, hasta todas las tazas en las que bebiera, hasta que llegara a su destino. Hasta que llegara hasta Mamá.

Un trago más y otro con el que enjuagarse la boca. Dry Gin, colutorio de dioses paganos, desinfectante de Satán. Anestésico del Olimpo, antes de que se viniera abajo aplastando bajo él a Zeus y a toda su parentela.

Tuvo especial cuidado frente al espejo. No era la primera vez que tenía que recurrir a ello.

Autolesionarse nunca fue suficiente. El deslizar de la cuchilla por su piel dejó de hacer efecto la segunda vez, cuando observó con atención quirúrgica que el hecho de rasgar y sajar era más satisfactorio que doloroso. Y que (eso fue la tercera y última vez) terminaba por convertirse en nada. Solo servía para ponerlo todo perdido. Pero no bastaba. No cuando la noche era más negra que la pez y las estrellas giraban y el tapón de corcho que servía de válvula de contención a su cabeza salía disparado con un sonoro «PLOP».

No le quedaban muelas del juicio. Tanteó con la lengua, rebuscando el segundo molar que quedaba por allí, triste y solitario después de perder a sus tres compañeros, y se despidió de él como el que dice adiós a un viejo amigo cuya marcha tampoco notará mucho. Porque ya no es necesario. Porque su utilidad fuera es mayor que dentro. Porque arrancarlo de cuajo con las tenazas es lo único que hará que los restos de la larva desaparezcan, con suerte hasta terminar su último viaje al Monte Calvario.

Sangre para borrar la sangre.

«Los zapatos de las niñas retumban en los azulejos color terracota. Las suelas de caucho, diseñadas para evitar repiqueteos indeseados, crean un inesperado coro de tambores zumbantes como abejorros, resonando en la misma frecuencia que sus voces graves, bajas, forzadas. Se apresuran sin correr, hablan sin los agudos típicos de la infancia; han aprendido desde muy pronto a camuflar sus palabras en los sonidos que las rodean, a hablar sin ser oídas más que por la oreja que casi rozan con los labios al susurrar.

Esa es otra de las curiosas cualidades que muchas se llevarán de allí. Evitar el contacto, el toque de otro cuerpo. Saben acariciar sin manos, besar sin labios, consolar sin abrazos. Son niñas sin cuerpo, porque su cuerpo solo es un instrumento de Dios y Dios no acaricia, no besa, no abraza. Dios es limpio y ellas también lo son. O al menos lo intentan.

Niñas que no corren, que no gritan. Niñas de infancia mutilada, caminando con premura por un corredor amplio de enormes ventanas. Con los abrigos e impermeables goteando por el suelo color caldero, rozan el límite del trote sin cruzarlo una sola vez, camino de las escaleras que conducen a los percheros. Tienen los ojos guiñados y parpadean con rapidez, cegadas por una de esas

mañanas luminosas de lluvia en las que la luz proviene de todas partes y de ninguna, en las que no hay sol del que esconderse y, aun así, un enemigo refulgente les nubla la vista.

La galería acristalada por la que transitan está llena de butacas de mimbre y vitrinas expositoras en las que ni siquiera reparan. Solo las más pequeñas, las recién llegadas, se paran de vez en cuando a mirar las viejas fotos, los instrumentos extraños que parecen aparatos de tortura, los folletos explicativos.

Esa noche, muchas de ellas tendrán pesadillas con lo que han visto y no han entendido.

Las tocas blancas, los hábitos negros. Los uniformes blancos de los que acompañan a las hermanas. Nadie sonríe en esas fotos, son los vigilantes muertos de lo que fue el viejo edificio antes de convertirse en colegio: Hospital del Sagrado Corazón de María. En ese corredor, los tuberculosos tomaban el sol mientras sus pulmones se secaban como uvas arrancadas bajo el infierno abrasador de agosto.

Una de las niñas tira de otra, que se ha quedado clavada ante una de las vitrinas. "Ahora no, ya lo verás luego. Vamos, que no llegamos"*, susurra. Vuelve a tirar del impermeable, disgustada. Si una no llega, las dos sufrirán el castigo.*

Emparejadas para vigilarse mutuamente. Íntimas amigas a la fuerza, algo que poco tiene que ver con la amistad. Lo que una haga repercute en la otra y eso es un gran método de control. No son indispensables los centinelas en los pasillos, no son necesarios. Ellas mismas son sus propios vigías y verdugos si es necesario.

Mejor castigar que ser castigada.

Esa tarde, mientras el silencio se convierte en el único inquilino de los corredores, la niña rezagada se entretiene frente a la vitrina delante de la cual se había detenido esa mañana.

Le gusta observarlas. Estudiarlas.

Tiene tiempo de sobra para hacerlo. Mamá, como siempre, llegará muy tarde. Tanto que, a veces, las hermanas se ocupan de darle de cenar para que deje de dar vueltas y vueltas por la galería principal. La acristalada. La de las butacas de mimbre donde los pacientes de Cuidados Respiratorios se convertían en momias secas.

Tuberculosis.

Asma.

Mesotelioma pleural.

Difteria.

Neumonía.

Pulmonía.

Tosferina.

Enfisema.

Bronquitis.

Derrame pleural.

Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica.

De todas, esa última es su favorita. Cierra los ojos, se sienta en una de las butacas e imagina. Los jadeos, las toses, los esputos sanguinolentos. Pañuelos con flemas, con trocitos de pulmón que salen por la boca de los pacientes entre espasmos. Moribundos con aspecto de zombis esperando que el sol, el bendito sol, los sanara.

Por la Gracia de Dios.

Por la Gracia del Sagrado Corazón de María.

Lee fascinada los folletos enmarcados, tomando notas de vez en cuando para luego rebuscar más información en la biblioteca. Antiguos tratamientos, curas experimentales, procesos arcaicos, sanaciones venenosas. Enfermedades de todo tipo eran tratadas allí y se pregunta, todos los días se pregunta, si esos procedimientos eran en verdad medicina o simple sadismo y tortura.

Veamos cuánto aguantan antes de romperse. A ver durante cuántos días toman el sol antes de ahogarse en sangre y mocos y pedacitos de pulmón.

Las seis.

Alguna hermana se cruza con ella y la mira con pena. Ya no queda ninguna alumna, a excepción de esa niña, siempre la misma niña silenciosa, entretenida con la exposición de fotografías e instrumental del viejo hospital.

—¿Serás médica de mayor? —pregunta alguna, de vez en cuando. La niña sonríe y asiente, siempre asiente, aunque por dentro sus pensamientos deriven en una dirección opuesta. A pesar de su corta edad ya ha aprendido que es mejor así. Sonreír. Asentir. Aplacar la conciencia de los adultos que la miran con pena. Es una buena manera de que la dejen en paz y no pregunten más.

La hermana asiente con benevolencia. La niña es una joven con talento, aunque sea una desgracia que su entorno pueda estropearla. Malograrla para cualquier cosa que no sea un oficio de supervivencia o una vida fregando platos para el primer desgraciado con el que decida escapar. Hoy está concentrada en la sección "Dentista: Equipo de instrumental. 1910". Personalmente, le dan escalofríos las tenazas y las pinzas, los soportes para la mandíbula. Los ganchos. ¿Qué puede encontrar de interesante esa niña ahí? Demasiado pequeña para apreciar su valor histórico y médico. Demasiado pequeña para estar ahí, sola, con la mirada fija en el torno de hierro fundido.

—Quiero estar ahí —contesta, señalando la foto en sepia que corona el conjunto. En ella, dos hermanas de anticuada toca curvada en los extremos flanquean a dos doctores con fino y elegante bigote de señorito de bien. Tras ellos, dos mujeres desdibujadas, las enfermeras fantasma, aún más severas y rígidas que las monjas, escudan al cuarteto principal. En primer plano el torno a pedales, el carro con el instrumental dispuesto y preparado: fue la presentación en sociedad del artefacto venido de París, su bebé frío y mecánico. La última moda en recién nacidos.

—¿Ahí? ¿En un hospital? Muy bien, eso está muy bien. Tendrás que esforzarte, estudiar mucho, lo sabes… ¿verdad?

Sonríe. Asiente. Otra vez encerrada en su mutismo.

En algún lugar no muy lejos de allí, una puerta se cierra con estrépito. La hermana ahoga un jadeo y se lleva la mano al pecho: su corazón desbocado por el sobresalto parece a punto de salir disparado.

La niña la mira desde su posición de inferioridad, con sus ojos negros bien abiertos.

—Ya está aquí mamá. —Sonríe y se despide, hasta mañana, hermana.

Cómo sonríe cuando ella aparece para recogerla.

Pero ese día, antes de alejarse al ritmo acelerado aunque sumiso al que está acostumbrada, echa un último vistazo a la foto, entornando los ojos, soñadora.

—No en un hospital. En ese *hospital.*

Durante la cena, las hermanas hacen balance del día. No tienen mucho más de lo que hablar, nada aparte de esas niñas, de asignaturas, de sus padres, del tiempo. De ella. Siempre salen a relucir los Servicios Sociales, pero no serviría de nada: la niña está sana, escolarizada. Tiene techo, cama y comida. La ropa limpia, su aseo más que correcto. Pobre mujer, se mata a trabajar, comenta alguna. No es fácil criar sola a una niña, debemos ser benévolas, comprensivas.

La hermana Rosario calla y come, con el torno negro fijo en sus pensamientos. Sonríe y asiente pacífica, ha aprendido de la niña.

Ahogaría a tu madre por ti, criatura. Y luego te cuidaría como es debido.

No se confesará por ese horrible deseo. Ni ese día ni ningún otro.

Una no debe pedir perdón por lo que no se arrepiente».

Recuerda haber cogido las tenazas de una de las vitrinas del colegio en un día de lluvia en el que Mamá llegó más tarde que de costumbre. Era invierno. Noche cerrada cuando llegaron a casa, congeladas. Le quitó las botas y los calcetines, frotando y soplando sus pequeños pies, riendo por su descuido, más niña aún que la personita de ojos viejos que la miraba con ternura y amor infinitos, mientras con la mano derecha dentro del bolsillo del abrigo, jugaba con el viejo instrumento de dentista ligeramente curvado en su extremo, delicadamente grabado: «1910, Lyon».

Ya que las escisiones quirúrgicas eran complicadas de hacer (nunca estuvo muy segura de salir con vida en caso de intentar extraerse un riñón), esas tenazas se convirtieron en buenas amigas y terapeutas los días más negros. Como lo era aquel.

Así salió de casa. Con su vieja maleta roja y una muela de menos.

Sonriendo.

Tuvo que coger un taxi. A esas horas no había trenes o autobuses que valieran. Viajar hacia Mamá era como hacerlo al fin del mundo: malas comunicaciones, escasos medios, peores horarios. Isi, por su parte, no se había molestado en aprender a conducir. No le había resultado necesario hasta ese momento.

Nunca había corrido ante sus llamadas de emergencia. Sabía que si una noche le contaba entre llantos su última desgracia y le suplicaba ayuda, al día siguiente, una vez evaporado el alcohol de la víspera, ni siquiera iba a recordar haber descolgado el teléfono. Si las noticias eran buenas, si una celebración estaba en marcha, un bautizo, una fiesta, una boda (quizá incluso la propia), Mamá la abrumaría con sus mil fantásticos planes, incluyéndola en todos ellos, pero encontraría a algún desconocido más adecuado para sustituirla minutos después.

Siempre prescindible, salvo en estado de catástrofe.

Ni siquiera había sido consciente del estado en el que se encontraba. No había tenido noticia de su enfermedad, ni de lo avanzado de ella, hasta la explosión de esa tormenta nocturna, de esa llamada de teléfono que la urgía a correr, a cruzar la tierra, el aire y el mar si fuera necesario, para verla morir.

Mamá se muere. Más vale que corras, niña. Ya puedes darte prisa, o solo encontrarás un cadáver reseco en una caja de contrachapado sacada de los saldos de la funeraria.

¿Y si no quiero correr? ¿Y si ya no quiero correr más por ti, mamá?

Fue un pensamiento fugaz y débil, solo una ráfaga de rebeldía abandonada en la cuneta de la autopista, como si nunca hubiera existido.

¿Cómo corre alguien que nunca ha aprendido a hacerlo? ¿Cómo desplazarse a la velocidad adecuada, si no es posible más que una marcha acompasada a un ritmo insuficiente?

Déjame llegar. Déjame estar ahí a tiempo. Déjame coger su mano, decirle adiós.

Por la Gracia de Dios.

Por la Gracia del Sagrado Corazón de María.

Enciende un cigarro, hipnotizada por el bamboleo de un rosario colgado del retrovisor del taxi. Las cuentas son rojas con puntitos negros: pequeñas *Coccinella septempunctata* que corren por el cristal y el salpicadero, entre las fotos de familia, la tarjeta de licencia y la efigie de plata de San Cristóbal. Se retuercen bajo las vibraciones de los neumáticos en el asfalto y baten las alas, inútiles para escapar. Cincuenta y nueve mariquitas frenéticas, colgadas de *speed* en la fiesta *rave* más rara de la historia, entran por los oídos y los

ojos y las fosas nasales del taxista.

Es viernes. Es un rosario Doloroso. La oración en Getsemaní, la muerte y crucifixión de Jesucristo.

Qué apropiado.

—Señorita, aquí no se puede fumar. —Ella lo mira tranquila, asiente, sonríe, como lleva haciendo toda la vida. Encuentra los ojos del hombre en el retrovisor y este baja la mirada. Agarra el volante con fuerza, los nudillos blancos y la nuca sudorosa. Deja que su pasajera fume. Como si se chuta heroína ahí mismo, pero, por Dios, que no vuelva a mirarlo.

Que esas pupilas dilatadas, esos ojos opacos y salvajes no vuelvan a cruzarse con él jamás.

«Las niñas caminan deprisa hacia los percheros, en el ático: una extensión del ala vieja del edificio, llena de filas y filas de viejas taquillas de madera. Allí guardan pulcramente sus abrigos, paraguas y botas para la lluvia, la ropa deportiva que no pueden usar más que en la clase de educación física, algunos libros y cuadernos. Quizá en un cuartel de régimen especialmente severo sea posible encontrar tal orden y escrupulosidad: no son tontas ni inocentes, han dejado de serlo hace mucho, y saben que los registros y las inspecciones secretas son el pan nuestro de cada día.

Su mitad, su doble, su íntima enemiga a la que está soldada por todo el tiempo que pase allí, se sube los calcetines por encima de la rodilla, tirando tanto de ellos que el derecho se tensa y sale disparado en dirección opuesta. Ahí queda, enrollado al tobillo. Él también se esconde; él también está nervioso.

Quebrar las normas no es poca cosa: si son pilladas en falta, quién sabe con qué castigo las sorprenderán. Puede que la regla en los nudillos, puede que horas de estudio extra el fin de semana. Quizá las hermanas tengan el día creativo y las sorprendan con algo sádico y delicioso. Por eso tienen que darse prisa.

El objetivo a batir es la última puerta. La que nadie cruza. Las más mayores, hartas ya de habladurías y cuchicheos asustados, la ignoran. Hace mucho que han admitido que no es más que el lugar donde se almacenan las promesas y ofrendas que llevan a la capilla: largas trenzas, coronas de flores secas, anillos, zapatos. Todos los votos consagrados al Sagrado Corazón de María van a parar allí, a ese almacén de polvo y estampas de santos. Pero siempre hay quien habla, quien dice, quien asegura que algo más se oculta entre las dádivas al Señor: un hábito de novicia manchado de sangre, o quizá era un vestido de novia. No está muy claro; a veces incluso se habla del vestido de baile con el que una hermana se escapaba por las noches para estar con su amante. La leyenda, como toda que se precie de serlo, es cambiante, muta a través del tiempo, pero permanece.

Es lo que pasa con los cuentos destinados a convertirse en mitos.

Así que se cogen de la mano y avanzan hacia el portón.

"Juraría que ayer no era tan grande", sospecha una. "Creo que algo nos mira entre las rendijas".

"Cuando cruce el umbral no podré volver atrás", piensa la otra. "Cuando lo

cruce se desharán los nudos, las cuerdas y las cadenas. Todo será liberado. Yo seré liberada".

Ha mirado por las grietas del portón, por el hueco de la cerradura. Caminó en silencio, invisible, tras la hermana Luisa cuando esta llevó allí un nuevo cargamento de ofrendas y los vio. Detrás de los trajes de novicia, de los vestidos de novia y los chaqués, más allá de las estampas, las hojas amarillas y arrugadas con poemas infantiles garabateados en honor al Sagrado Corazón. Espiando, no, más bien montando guardia entre los relicarios y las cajas repletas de dientes de leche, bajo sábanas polvorientas que ocultaban sus secretos informes. Allí estaban, esperando. Y eso la hizo tan feliz...

Las niñas se agarran más fuerte. Todo lo que pueden con sus manos de alumnas aplicadas con falda de tablas y calcetines altos, lo cual no es mucho. Ni siquiera suficiente.

Hacen una promesa silenciosa antes de atreverse a abrir. Cada una la suya, sin saber lo que la otra está deseando en su interior. Con los ojos, con las palmas de las manos extendidas, con las frentes apoyadas la una en la otra. Se besan en los labios apretando los párpados, un beso que solo es la avanzadilla de los que una de las dos espera que vendrán, pero que se mantendrá como una impronta indeleble entre ellas por mucho que pase el tiempo.

*El primer beso nunca se olvida, menos aún si se da y se recibe con tanta inocencia y terror como lo hace la más alta. La de pelo castaño, la niña obediente y popular que no sabe bien cómo ha llegado allí, más que por un raro sentimiento de amor precoz y candoroso. La otra sonríe y asiente, prometiendo que todo irá bien (*mentira*), que todo estará bien (*otra mentira más*), aunque es consciente de que, desde Judas, no se dio un beso tan traidor en toda la historia de la humanidad.*

Juntas giran la llave. Los gritos despiertan incluso a la hermana Flor, esa que todas saben que duerme entre siesta y siesta en la enfermería de la planta baja y que solo sirve para poner tiritas y hacer manzanillas. Hasta ella, que sueña con querubines ligeros de ropa, abre los ojos sobresaltada y topa de frente con la máquina de coser que pocas veces usa, chillando sobresaltada y dolorida.

El perfecto mecanismo del colegio se detiene con un chirrido audible de engranajes frenando en seco. Un horrible aullido se sostiene en el aire, como una hilera de camisas tendidas al sol, sujeto por pinzas invisibles a cuerdas que emergen de la habitación al fondo de los percheros.

—Mi niña —susurra la hermana Rosario, a punto de arrancarse el hábito que se le enreda a las piernas y le impide correr—. La que grita es mi niña.

La puerta final, su objetivo, está a solo un pasillo de distancia, frente a ella. Desde allí, recién llegada a los percheros, puede ver la hoja desencajada, el cuerpo en el suelo, la sangre que mancha las blancas rodillas y empapa los calcetines azul marino. El aire ondulante deforma el suelo, las paredes, las taquillas se arremolinan lanzando astillas en su viaje y ella, la hermana Rosario, la piadosa, la compasiva, se agarra el brazo, el pecho, araña su rostro y cae de rodillas al

suelo, boqueando desesperada.

*La toca rueda por el suelo, desprendida de las horquillas que la sujetaban. Un zapato infantil, con suela de caucho diseñada para no correr, para no hacer ruido, para ser invisible, la intercepta, en una parada de fútbol impecable. Los calcetines están arrugados en los tobillos (*MAL*); hilos de sangre se escurren por las piernas huesudas de la niña de falda arrugada (*MUY MAL*) y camisa sucia (*MUY, MUY MAL*) que sonríe y asiente.*

—Mejor castigar que ser castigada. —¿Es un fórceps lo que sostiene en la mano derecha, la más limpia de las dos, la que aún se sostiene en pie? Un instrumento antiguo, una de las herramientas de la exposición. Si pudiera mirarlo de cerca, con atención, si realmente le importara (aunque le importa, y lo sabe), en el mango encontraría la leyenda "Londres, 1.903" grabada en el acero brillante—. No voy a hacerle nada, hermana. Nunca he querido hacer algo malo, a usted menos que a nadie. Y bien pensado, esto es aún mejor. Esto sí que es un auténtico sacrificio por amor.

—Sagrado Corazón de María... —gime la hermana Rosario, apretando tanto su pecho que hubiera podido arrancarse el corazón antes de que este explotara.

Tras la niña de ojos grandes y opacos las sábanas caen, se deslizan y descubren los secretos del viejo hospital, esos inútiles y también los que no deben volver a ser vistos jamás. Leucotomos y orbitoclastos, camillas con correas conectadas a electrodos, máquinas de electroshock, las bañeras para los tratamientos de hidroterapia, donde los pacientes eran sumergidos durante horas y horas y horas... Un hombre guapo y elegante incluso vestido con la vieja bata blanca, sonríe bajo su fino bigote y deposita en las manitas que le esperan un viejo estuche de cuero; las armas para la batalla en la que luchará el resto de su vida. Junto a él, doctores y enfermeras, monjas de viejos hábitos, montan guardia en una hermosa postal en sepia».

—La hermana Rosario fue la primera persona a la que maté, y mire que no quería —comenta distraída, encendiendo otro cigarro. No miente: su compañera tardó diez minutos más en marcharse a hacerle compañía al Altísimo y la hermana no debió pasar por allí. A pesar del tiempo pasado, Isi seguía lamentando su muerte, la de la única persona que le mostró afecto verdadero. Pero es posible que tuviera que ser así, que la divina providencia de la que tanto le hablaron llevara a la monja a subir al ático. Quizá las cosas habrían salido de otra manera sin ella. Quizá nada habría funcionado. El taxista da un respingo y vira peligrosamente a la izquierda. De madrugada, en la autopista vacía, tampoco tiene tanta importancia, al menos para su impasible pasajera, que sigue sonriendo con beatitud en el asiento trasero.

—¿Qué ha dicho?

—Que la hermana Rosario fue la primera persona a la que aprecié. —Sonríe, con la mirada vacía como un cielo sin luna y sin estrellas—. Debió ser a mi madre. Todos los niños deberían apreciar a su madre desde el momento en que nacen, ¿no cree?

El hombre asiente y aprieta el acelerador. Ojalá no hubiera aceptado esa maldita carrera.

Por un momento, tiene la seguridad de que esa noche no acabará nunca.

La segunda tormenta de la noche estalló a las cuatro de la mañana, cuando las luces de la pequeña ciudad ya eran visibles en el centro del valle. Hileras de hormiguitas *Solenopsis* brillantes, titilando, infatigables. Tiempo aproximado para la llegada: quince minutos.

Pero entonces, sonó el teléfono. Mamá no moría, ya no. La prisa no era necesaria. El viaje, una pérdida de tiempo. De nuevo, ella lo volvía a hacer y seguiría haciéndolo hasta su hora final; todos los planes deshechos, las esperas sin fin, los taxis a ninguna parte.

¿No puedes dejar de joderme ni siquiera hoy, mamá?

—Vamos a acabar con esto —le dijo al respaldo del asiento del conductor, nada más cortar la llamada.

Los cristales del taxi se empañaron y una nube de cristales de hielo comenzó a cubrirlos haciendo imposible la visibilidad. Con un frenazo y un chirrido tísico, el vehículo se detuvo en la cuneta.

—Pero qué coño... —se quejó el taxista, quitándose el cinturón de seguridad. El termómetro interior marcaba diez grados bajo cero en esa noche de primavera tardía y benévola, súbitamente convertida en temporal.

—Aquí me viene bien, gracias —dijo su pasajera, desperezándose como un gato después de una larga siesta. El par de billetes que le tendió era mucho más de lo que debía, pero los aceptó como un autómata, desprovisto de voluntad. Decenas de ojos lo observaban desde el asiento trasero, ojos viejos pintados en sepia. Ella le sonrió y asintió, comprensiva—. No estoy loca, usted lo entiende, ¿verdad? De hecho, todo lo que hago, todo lo que llevo haciendo en mi jodida vida, es solo para no estarlo —le susurró al oído, con su aliento perfumado y negro como la pez—. No hace falta que le jure que no lo estoy. Ahora, voy a matar a mi madre.

Sonríe mientras el hombre muere. Tiene cara de sorpresa, más que de horror. ¿Qué se lo ha llevado? ¿Un infarto? ¿Una hemorragia subaracnoidea? Querría investigar, practicarle una improvisada autopsia en el asiento trasero del taxi, pero no tiene tiempo, Mamá la espera. Lleva esperándola toda la vida para ajustar cuentas.

Se adentra en la noche, hacia las luces de la ciudad. Lo primero con lo que se topará en su camino es con el Hospital Provincial, pero aún le queda al menos una hora de viaje a pie.

No está sola: las sombras del viejo hospital, los otros habitantes del colegio Sagrado Corazón de María, viajan con ella.

EL DÍA ONCE
(CUANDO LLEGÓ LA NOCHE)

Terapia de choque insulínico (Segunda parte): *Una vez concluida la primera parte del proceso, los pacientes eran sacados del coma administrándoles una solución de glucosa por una vía nasogástrica y el cambio positivo en su estado mental se mantenía en el tiempo. Los pacientes fallecían a una velocidad alarmante a causa de complicaciones tales como encefalopatía hipoglucémica, insuficiencia cardíaca, neumonía por aspiración y hemorragia cerebral.*

—Ahogaré a tu madre por ti, criatura. Y luego te cuidaré como es debido. Como debí haber hecho hace años.

La Hermana Sombra Negra observaba la luna salir apoyada en la ventana. No tenía rostro, el vacío devorador se ha llevado todo bajo la toca, y aun así…

Recuerda su voz. El color de los ojos amables que una vez la miraron desde dentro de ese agujero negro. Sus manos enrojecidas, fuertes, secándole el pelo cada vez que Mamá la dejaba olvidada bajo la lluvia. Cómo se esforzaba en que los calcetines se le quedaran derechos, quietos en su sitio.

«Tendrás que esforzarte mucho», le dijo un día, mucho tiempo atrás. «*Lo he hecho, hermana Rosario, ya lo creo que lo he hecho. Toda mi vida, todos estos años, cada mañana ha sido una tarea hercúlea, una labor digna de titanes. Sacar un pie de la cama, lavarme la cara, alimentarme con carne tibia y hostias ácimas. Soy el Cordero de Dios, venido al mundo para ser devorado por los hombres. Soy Isaac en el monte Moria, pero a diferencia de él, no acepto sumisa mi sacrificio».*

Sorpresa.

—Yo velé por ti, Isabel, cuando nadie más lo hizo. Yo estaba allí las noches que no tenías donde dormir, las tardes en las que olvidaba recogerte, las mañanas en las que venías al colegio con la ceja partida, los ojos morados, las orejas sangrando.

Isi se tambaleó. La habitación era un vagón de metro viajando veloz por una vía serpenteante y ella no tenía dónde agarrarse para mantener el equilibrio.

¿Qué es real?

¿Cuánto de locura hay aquí?

¿Cómo coño se mata a los muertos?

La realidad es bien frágil cuando pierdes hasta tu propio nombre.

—Solo faltó que nacieras de mi vientre —continuó, severa y terrible. Su figura negra creció y acaparó todo el espacio visible, aniquilando el aire respirable a su alrededor—. Solo faltó que mamaras de mis pechos y que te meciera en la cuna. —A sus pies, en cuclillas, la Ratoncita Hacendosa, desnuda, magra, se reía con las manos en la boca. El círculo canoso de su coronilla subía y bajaba con sus carcajadas inaudibles y de la herida abierta sobre el ojo salía una procesión de *Blatta orientalis* chirriantes y voraces.

Cucarachas brotando de ella, alfombrando el suelo frío, crujieron como cereales de chocolate gigantes cuando Isi cayó sobre ellos, aturdida por ese inesperado viaje en un vagón desbocado.

—Señorita Isi, mi querida señorita —oyó susurrar en su oído. El aliento que trajo la voz era helado, tanto como para cubrir de escarcha su oreja y

estremecerla de frío y sorpresa.

No sabía que pudieran hablar. Nunca se le ocurrió que estuvieran allí más que para hacerle compañía. Que tuvieran aroma de sulfato de bario y bromuro de plata y sonaran a campanas tocando a muerto.

—Permítame, querida señorita. —Isi cogió la mano que el apuesto doctor le ofrecía y salió del lecho de *Blatoddeas* negras, aplastando unas decenas más en su ascenso—. ¿Qué le enseñó la mujer que ahora se erige como su madre? Dios no acaricia, no besa, no abraza. Dios mutila, incapacita. Anula. ¿No fue eso lo que le enseñó? ¿En qué la diferencia eso de su madre real? —Las enfermeras, tan severas, uniformadas y envaradas, recogieron una a una las cucarachas que correteaban sobre ella. Minuciosas. Acostumbradas a acometer delicadas tareas de forma diligente y silenciosa—. Quizá sea irónico que se lo diga yo, pero usted eligió otro camino. Y en él, aprendió muchas cosas, todas en las que ellas no pudieron adoctrinarla. Entre otras, una gran verdad: que no hay nada más nocivo que el amor mal entendido ni nada más dañino que las creencias impuestas y retorcidas en beneficio propio.

Las hermanas (las *antiguas* hermanas) sacaron de su escondite a la Ratoncita Hacendosa, que se defendió con uñas y dientes. Chilló. Pataleó cuando la levantaron en el aire y tiraron, cada una hacia su lado.

Tiraron. Tiraron. Tiraron.

Sus tocas eran gaviotas temblorosas agitándose al viento, salpicadas de sangre y vísceras.

En el suelo, las cucarachas comían.

Pudo escucharlas haciéndolo.

El fino bigote le hizo cosquillas cuando el doctor besó su mano. Dio un paso atrás (tan caballeroso, tan amable) y se unió a sus colegas.

—Sea el Cordero de Dios, señorita Isi. Limpie los pecados del mundo.

En la mano izquierda, el bisturí. En la derecha, dos jeringuillas; una transparente como el agua bendita. La otra, amarilla como los sagrados óleos. Solo quedaba tomar una decisión: ¿cuál era para cada una?

¿Cuál para la Madre?

¿Cuál para la Hija?

¿Cuál para el Espíritu Impío?

«¿Cómo se mata a un muerto?», se había preguntado Isi minutos antes. Ahora, retrocedía ante la enorme, la inmensa figura de la Hermana (*Rosario*) Sombra Negra, ese ídolo deforme, ese agujero negro e incalculable que se había adueñado del espacio y del oxígeno, que había absorbido las paredes y el techo dejándolas perdidas en un lugar tenebroso y singular, más parecido a una enorme celda que a la habitación donde había pasado los once días anteriores.

¿Cómo se acaba con alguien a quien has matado ya?

Se replegó contra la pared, jadeando. Necesitaba un minuto, al menos un minuto más en el que pensar, en el que analizar y sacar algo en claro. A pesar de que sabía (de hecho, era la única certeza que poseía en esos momentos de delirio) que por muchos minutos u horas que le dieran, no iba a poder dilucidar nada coherente. ¿Quién podría hacerlo si se viera en su situación? Aunque claro, eso era más bien imposible. Nadie iba a verse metido en ese problema, desde luego.

He venido aquí a matar a mi madre y me encuentro con que tengo dos. Una por nacimiento, la otra por adopción. Una se está muriendo, a la otra me la cargué hace veinte años. Y como no se me ocurra algo muy ingenioso en los próximos segundos, voy a terminar peor que cualquiera de ellas.

Una de las enfermeras en amarillento y negro asintió. Parecía una mujer amable, comprensiva.

A la mierda la comprensión. Mira dónde nos han traído las buenas intenciones. Al camino del infierno, ese que está empedrado con ellas.

La Hermana, que ya no era una Hermana ni nada que remotamente se le pareciera, seguía aumentando de volumen. Salía de su toca vacía, amplificado, un zumbido y un chasquido continuo, un murmullo reptante y viscoso y, a la vez, el rumor de millones de patitas y alas agitándose en el aire negro. Su rostro sin rostro, hecho de ausencia y oscuridad, se acercaba lento e inclemente. No podía retroceder más y hundirse en la pared para luego echar a correr, no era una opción.

Así que paró. Casi incluso de respirar.

Alzó los ojos (opacos, ancianos, salvajes) hacia lo que una vez tuvo forma humana y caminó con ella por galerías acristaladas, hablándole de medicina, de entomología, de la vida y la muerte mientras esperaba. Agradecida. Recordándola como fue y no como el monstruo en el que se había convertido.

En el que Isi la había convertido.

—Lo siento. Nunca le pedí que me quisiera. Eso no fue necesario.

La masa informe rugió y se expandió, y su olor podrido y blasfemo la

hizo vomitar contra la pared.

Alzó la vista hacia ella y sonrió. Asintiendo. Comprendiendo su dolor, porque era el mismo que Isi sentía. No tenía más que el corazón roto por un amor absoluto, enfermo y no correspondido.

—Lo entiendo, mamá. Nunca me pediste que te quisiera, no podías darme nada a cambio. Todo mi amor no fue necesario, ¿verdad? Eso fue lo que nos pasó.

Depositó la jeringa amarilla en las manos del doctor, ese más guapo que ninguno, el que la recogió del suelo. Recordó la tarde lluviosa en que salió de la habitación de los percheros, como Jesús de su sepulcro y él fue el primero en seguirla. En acompasar los pasos a los suyos. Su fiel escudero, proveedor de armas divinas y profanas. Hoy confía en él, porque no tiene más remedio. Porque no lo tuvo nunca.

Porque solo las sombras del viejo hospital, los otros habitantes del colegio Sagrado Corazón de María, viajaban con ella.

Mamá se retorció, la máquina a la que está conectada pitaba y pitaba, como una atracción de feria pasada de vueltas. Un hilillo de baba rosada se escurría entre sus labios azulados: había llegado la hora.

La jeringuilla blanca se la reservó. Su agua bendita, su elixir mágico para acceder a un mundo de convulsiones y sacudidas espasmódicas. La pócima de Julieta, también dormida por amor, aunque esperaba no tener tan mala suerte como la veronesa.

Por favor, que no la tenga.

Aunque le he confiado mi vida a un fantasma, a una alucinación, no sé qué coño espero.

Desde luego, no que esto salga bien.

Encontrar la carótida no fue difícil. El pinchazo ni siquiera dolió.

Tuvo unos segundos, un escaso periodo de tiempo para volver a clavársela en la femoral y llenarla antes de que la insulina llegara allí. Antes de que ella se marchara al País de las Maravillas.

—Sangre para lavar la sangre —susurró, con las primeras contracciones sacudiéndole la espalda. Nadie encontrará un pinchazo más en el cuerpo de muñeca vudú de Mamá, lleva los estigmas de las agujas por todas partes: Nuestra Señora del Carboplatino y la Morfina, la llamarán—. Soy el cordero de Dios y estoy aquí para lavar tus pecados.

El espectro de la Hermana aullaba y se comprimía. No podía existir más allá de la mujer que le dio la vida, a la que estaba unida por un cordón umbilical que la asfixia, la ahorcaba. Fueron madre e hija también, a su horrible manera.

En la cama, la otra madre se consumía, víctima de la sangre que ella misma engendró.

—Ha muerto en paz. Mírala —dice la mujer rubia, la más bajita de ellas. Hay mucho de desprecio en su voz.

—Cállate. Se está despertando. Puede oírte —le espeta otra de ellas, la que sostiene la cabeza en su regazo y un trozo de cuero desgastado y lleno de marcas de dientes en su boca, que no tarda en retirar cuando ve cómo los párpados de su paciente tiemblan después del episodio convulsivo.

Uno de los doctores recoge el instrumental y lo deposita en su estuche.

—Tendrá que esterilizarlo —vuelve a importunar la enfermera rubia.

—Eso no es cosa nuestra. Ya lo hará cuando vuelva en sí. —El doctor moreno de fino bigote, ese que los hombres envidiaban y por el que las mujeres suspiraban allá por el año 1.901, cuando fue ascendido a Director del Hospital del Sagrado Corazón, le tiende la última jeringuilla a su colega. La misma con la que ha administrado la dosis de glucosa correcta a su paciente.

Ha llegado a cogerle cariño. Es una joven despierta, receptiva a aprender nuevas terapias, nuevas formas de sanar. Nunca les ha incomodado, ni molestado con tonterías, y es agradable pasear por ahí libremente. Mucho más que permanecer encerrado entre estampas de santos y flores muertas.

Asiente satisfecho. Tiene una curiosa sensación de respeto y orgullo por ella. Por la forma de enfrentarse a esa situación.

Se recuperará. La señorita Isi se recuperará. De hecho, ha comenzado a hacerlo; canturrea mientras recobra poco a poco la consciencia, algo familiar. Una canción con la que les ha deleitado muchas, muchas veces.

«It´s another tequila sunrise, starin´ slowly´cross the sky, said goodbye...»

Las sombras del viejo hospital, los otros habitantes del colegio Sagrado Corazón de María, viajan con ella y se ocuparán de todo.

«The days go by...»

COLECCIÓN TÍNDALOS

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

«Ciudad Tumba», de Albert Kadmon nº1
«Última noche en el páramo», de So Blonde nº2
«La chica descalza en la colina de los arándanos», de Nieves Mories nº3
«Agramonte», de Yolanda Camacho nº4
«Los hijos de la araña», de J. G. Mesa nº5
«Agnus Dei», de Nieves Mories nº6
«Micosis», de Enerio Dima nº7

La primera edición de este libro se terminó de imprimir en los talleres de Podiprint, Antequera (Málaga), el 15 de mayo de 2018, exactamente 766 años después de que el papa Inocencio IV hiciera pública la bula papal ad extirpanda, en la que autoriza el uso de la tortura a herejes por parte de la Inquisición.